

Mayán Cervantes (coord.)

Mesoamérica y Los Andes

*colección
miguel othón
de mendizábal*



972.801

C166m

Cervantes, Mayán, coord.

Mesoamérica y Los Andes / coord.

Mayán Cervantes. -- México : CIESAS, 1996.

597 pp. : il. maps. tbs. ; 21 cm. --
(Colección Miguel Othón de Mendizábal).

ISBN 968-496-314-9

1. Indios de América Central - Historia.
2. Indios de América del Sur - Andes - Historia.
3. Indios de América del Sur - Andes - vida social y costumbres.
4. Indios de México - Historia.
5. Incas.
6. Araucanos.

Edición al cuidado de Francisco V. Ponce
Diseño de la portada: Luis Andrade



cieras

Primera edición: 1996

© Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social

Ediciones de la Casa Chata

Hidalgo y Matamoros, Tlalpan

Código Postal 14000, México, D. F.

ISBN 968-496-314-9

Índice

Los autores	9
Presentación	
<i>Mayán Cervantes</i>	11
La organización económica de Teotihuacan y Tiwanaku	
<i>Linda Manzanilla</i>	13
De lazos, flechas, trampas y cerbatanas. La caza en los vocabularios coloniales mayas	
<i>Mario Humberto Ruz</i>	83
Notas	126
Intercambio y redistribución: el ejemplo de los incas	
<i>Franklin Pease G. Y.</i>	141
Notas	164
El intercambio económico en el México antiguo	
<i>Mayán Cervantes</i>	175
Las formas de organización comunal en Los Andes: continuidades y cambios	
<i>Jesús Contreras</i>	193
Notas	223
El orden social, político y económico de la costa del Golfo al momento del contacto	
<i>Lorenzo Ochoa</i>	229
Jefaturas y reinos sacrales en Los Andes septentrionales: continuidades y cambios	
<i>Segundo Moreno Yáñez</i>	257
Las religiones incaica y araucana. Panteón y cosmovisión: coherencias y novedades interpretativas	
<i>Rodolfo M. Casamiquela</i>	289
Notas	298
Diagnóstico de una región "atípica" de Mesoamérica: Mezcala	
<i>Rosa Ma. Reyna Robles</i>	305
Nota	366

La orfebrería prehispánica de los cacicazgos andinos colombianos. Un análisis contextual	
<i>María Victoria Uribe</i>	375
Notas	418
Técnicas minero-metalúrgicas en Mesoamérica	
<i>Dora M. K. de Grinberg</i>	427
Metalurgia prehispánica de la región andina	
<i>Tulio A. Palacios</i>	473
Notas	502
El papel de las élites indígenas en el establecimiento del sistema colonial en la Nueva España y el Perú	
<i>José Luis de Rojas</i>	507
Notas	526
De la manera en que nuestros antepasados vivieron, vivamos. Procesos inquisitoriales de tres indios texcocanos en 1530	
<i>Munehiro Kobayashi</i>	533
Notas	552
Extirpación de idolatrías y sociedad colonial en Los Andes.	
Apuntes para los siglos XVI y XVII	
<i>Juan Carlos García Cabrera</i>	557
Notas	582

Los autores

- Linda Manzanilla*: Doctora en Antropología. Investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
- Mario Humberto Ruz*: Doctor en Historia. Investigador del Centro de Estudios Mayas de la UNAM, México.
- Franklin Pease G. Y.*: Doctor en Historia. Director del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica del Perú, Lima.
- Mayán Cervantes*: Doctora en Ciencia Política. Maestra de tiempo completo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, México.
- Jesús Contreras*: Doctor en Filosofía y Letras. Investigador del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona, España.
- Lorenzo Ochoa*: Arqueólogo. Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
- Segundo Moreno Yáñez*: Doctor en Antropología. Director del Departamento de Antropología de la Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Rodolfo M. Casamiquela*: Doctor en Antropología. Investigador principal del Centro de Estudios Patagónicos, Viedma, Argentina.
- Rosa Ma. Reyna Robles*: Arqueóloga. Investigadora del INAH, México.
- María Victoria Uribe*: Maestra en Historia. Directora del Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- Dora M. K. de Grinberg*: Doctora en Ingeniería. Investigadora en la División de Posgrado de la Facultad de Ingeniería, UNAM, México.
- Tulio A. Palacios*: Doctor en Ingeniería. Investigador del Centro de Investigaciones Nucleares, Buenos Aires.
- José Luis de Rojas*: Doctor en Antropología. Investigador del Departamento de Historia de América de la Universidad Complutense, Madrid.
- Munehiro Kobayashi*: Maestro en Filosofía. Investigador de la Kobe City University of Foreign Studies, Kobe, Japón.
- Juan Carlos García Cabrera*: Maestro en Historia del Arte. Técnico del Archivo Arzobispal de Lima, Perú.

Presentación

Mayán Cervantes

En 1972 el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y la Universidad Iberoamericana organizaron el primer seminario, con arqueólogos y etnohistoriadores especialistas en Mesoamérica y Los Andes, para discutir las posibles diferencias y semejanzas entre las dos áreas de alto desarrollo cultural de la América antigua. Los coordinadores fueron, por Mesoamérica, el doctor Ángel Palerm y por Los Andes el doctor John Murra.

Los sobrevivientes de dicho seminario quedamos siempre con el deseo de repetir aquella experiencia enriquecedora, en la que, además de las intensas discusiones académicas —nos reuníamos cinco horas diarias durante todo ese verano—, se fomentaron toda clase de relaciones amistosas.

Nunca llegamos a saber si en verdad hubo más diferencias que semejanzas entre las áreas en cuestión o si se dieron simplemente entre los propios investigadores, ya que ni los trabajos ni las conclusiones, si es que las hubo, se publicaron.

Otras reuniones académicas y otras publicaciones se originaron en ese seminario; alguna en los Estados Unidos, otra en España; pero entre los participantes originales quedó la idea de organizar una segunda reunión semejante, en la cual los investigadores de entonces aportarían sus nuevos conocimientos, aunados a los estudios de especialistas jóvenes con una visión más fresca sobre la problemática de ambas áreas; esta vez sí con la intención de publicar los trabajos derivados de la reunión.

La oportunidad se dio en agosto de 1993, en el marco del XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas; ahí se presentaron los trabajos dentro del seminario llamado "Una visión comparativa y actual de temas relevantes de la arqueología y la etnohistoria de Mesoamérica y el área andina".

Los participantes en él no fuimos los mismos que en 1972; nuestras discusiones fueron más cortas y menos intensas, y no alcanzamos cabalmente la esperada visión comparativa; sólo en cuatro casos los autores manejaron problemas semejantes. Lo que sí logra-

mos con plenitud, además de estrechar viejas amistades, fue ampliar el ámbito de nuestras relaciones académicas, además de las iniciales con Perú, con España, Colombia, Ecuador, Argentina y Japón; y también la cantidad y la calidad de los temas y quizá, lo más importante, logramos profundizar en su crítica y análisis.

En este volumen se incluyen los 15 artículos que resultaron de estas nuevas relaciones; en su conjunto representan las tendencias actuales de la investigación social, que surgen tanto de la arqueología como de la etnohistoria, disciplinas distintas en cuanto a sus alcances y limitaciones, aunque semejantes en sus intereses y preocupación científica.

La organización económica de Teotihuacan y Tiwanaku

Linda Manzanilla

Introducción

El surgimiento de la sociedad urbana y el proceso de formación del Estado son temas vigentes en la literatura arqueológica de las últimas décadas. Después de un fértil periodo de formulaciones teóricas y contrastes, actualmente existe la necesidad de obtener datos más consistentes sobre algunos aspectos de estas sociedades, aspectos que atañen a las esferas sociales y políticas.

Teotihuacan, en la cuenca de México, es uno de esos casos en los que, a pesar de su importancia crucial durante el horizonte Clásico (primeros ocho siglos de la era), desconocemos elementos básicos de su organización social y política, de los cambios en las esferas de poder y de las formas de integración. Las nuevas hipótesis se deben contrastar con la vieja y la nueva información, a fin de trascender la teoría.

Algunos estudiosos interesados en el México prehispánico, han expuesto la idea de que el tributo y la economía de mercado son instituciones presentes a través de los horizontes Clásico y Posclásico de la historia de Mesoamérica (Matos Moctezuma, 1976: 12 y Nalda, 1982: 116). Sin embargo, en este escrito (tal vez controversial) propongo un desarrollo menos estable, en que el tributo y el mercado son productos de un cuerpo organizativo muy específico del horizonte Posclásico, precedidos por otras formas de control del excedente y de la distribución de bienes. Indudablemente habrá algunos desacuerdos con mi posición; aun con los escasos datos con los que contamos, hay un campo fértil para la exposición de diferentes modelos que pueden elucidar aspectos de la economía teotihuacana, en México, y de la tiwanacota, en Bolivia, por ejemplo, y contestar preguntas como: ¿qué clase de redes de distribución de bienes estaban

presentes en Teotihuacan y en Tiwanaku?, ¿quiénes las controlaban? y ¿cuáles sectores de la sociedad teotihuacana y tiwanacota estaban involucrados en cada circuito?

En otros trabajos (Manzanilla, 1983, 1985a, 1986, 1987) he propuesto la existencia de dos esferas diferentes de organización:

La esfera centralizadora del templo, centrada en un circuito redistributivo, la cual es responsable del desarrollo de instituciones urbanas prístinas, tales como la centralización del excedente económico, la manutención de especialistas de tiempo completo (particularmente dedicados a la manufactura), el auspicio de redes de intercambio a larga distancia a cargo de emisarios del templo, el surgimiento de complejos sistemas de administración.

Por otro lado, está la organización centralizadora del palacio (viendo al palacio como la sede del gobierno secular), responsable del desarrollo del Estado territorial, en el que el tributo sustituye a la redistribución como la forma básica de centralización del excedente de producción, la conquista asegura la continuidad del flujo de bienes y tierra, y los mercados surgen como instituciones directamente articuladas a los intereses del palacio (como Carrasco ha propuesto [1982]).

En un análisis comparativo sobre la aparición de instituciones complejas en Mesoamérica, Los Andes y el Cercano Oriente, surge un paralelismo que puede orientarnos sobre cómo y cuándo se establecieron estas dos esferas, y de cómo se transformaron a través del tiempo. Sin embargo, la comparación no debe ser hecha entre las sociedades sumeria y mexica, como Robert Mc. Adams (1966) propuso alguna vez, porque no son homotaxiales. La comparación bien debe ser hecha entre el desarrollo proto-sumerio y sumerio, por un lado, y el caso teotihuacano y tiwanacota, por el otro.

El estudio de las instituciones del pasado lleva necesariamente a la reflexión acerca de dos cuestiones: la primera se refiere a los indicadores que permiten reconocer, sea con datos arqueológicos, sea con informaciones de las fuentes escritas, una institución social particular. La segunda toca el problema de la historicidad del fenómeno, es decir, en qué momento apareció y cuáles fueron los factores que propiciaron su aparición.

Quisiera exponer algunas ideas relativas a los indicadores arqueológicos de la redistribución, es decir, los conjuntos de datos concretos cuyas asociaciones revelan los pasos del proceso redistributivo, siendo éste el fenómeno histórico que proponemos como medular en la aparición de las instituciones urbanas en la baja Mesopotamia, Teotihuacan y Tiwanaku.

Almacenamiento. La centralización del excedente en almacenes controlados por alguna institución de carácter público es el primer paso de la redistribución (Manzanilla, 1988). Se trata de ubicar almacenes más allá de la órbita familiar, sea en la parte central del asentamiento, sea adscritos al templo o al palacio.

Institución redistribuidora. En sociedades llamadas “de linaje”, es el “consejo de mayores” quien se encarga de hacer circular lo almacenado colectivamente. Por lo general, en los cacicazgos organizados en “clan cónico”, es el jefe quien tiene a su cargo la labor de redistribución. Cuando aparece el templo en Mesopotamia, es claro que esta institución hereda las funciones del consejo de ancianos, amplía y modifica el sistema y produce una nueva conformación económica.

Tipos de bienes redistribuidos. Un análisis de los almacenes y recipientes nos podría revelar el carácter de las materias primas y productos concentrados. En Mesopotamia, generalmente se trata de alimentos (gramíneas y productos derivados de ellas, tubérculos, vegetales, frutos, grasas y aceites, pescado y carnes saladas). También se tienen menciones del almacenamiento de combustible, lana, materias primas alóctonas, manufacturas e instrumentos.

Beneficiarios del sistema. En la redistribución circular, los beneficiarios son todos aquellos que hayan contribuido a la concentración colectiva. Sin embargo, al aparecer la redistribución asimétrica con la institución del templo, algunos fieles pueden acceder a los bienes almacenados; pero esa producción se destina también a la manutención de los burócratas, artesanos y sirvientes del templo, así como se canaliza una parte a las redes de intercambio a larga distancia. Con relación a Súmer, Frankfort (1951: 67) señala que las raciones del templo estaban destinadas a los ciudadanos que llevaban a cabo tareas comunales, así como a los sacerdotes, funcionarios y artesanos.

Formas de redistribución. Se puede hablar de dos formas generales: las comidas comunales o ceremoniales, y el sistema de racionamiento de alimentos. El primer sistema está representado arqueológicamente en el sitio de Huánuco Pampa, en el Perú (Morris, 1978); el segundo está registrado en las tabletas protosumerias y sumerias de Mesopotamia.

Frecuencia. Sólo a través de las fuentes escritas hemos podido averiguar que en las primeras ciudades-Estado sumerias existían raciones diarias (de cerveza y pan), anuales (de lana y lardo) y extraordinarias (de dátiles y otras frutas y legumbres). Para el caso inca, la redistribución de alimentos dirigida por el Estado y destinada a los residentes de la capital ocurría cada cuatro días. Sugerimos que esta organización redistributiva es un relicto transformado dentro del Estado incaico, y que probablemente fue inaugurado por la organización preincaica de Tiwanaku.

En regiones con recursos homogéneos y relativamente limitados, como las tierras bajas de Mesopotamia o las tierras bajas de la zona maya, la redistribución asimétrica pudo servir como el circuito que permitió suplir la falta de algunas materias primas. Kent Flannery y Michael Coe (1972) también han propuesto que la producción de maíz en las tierras bajas mayas fue canalizada al centro regional, para ser redistribuida a burócratas, artesanos, lapidarios y alfareros, en una forma que recuerda a los Oudh de la India (Neale, 1971: 223-27).

Hay otras áreas con recursos más diversificados, donde existen más opciones para el abastecimiento de bienes variados:

El modelo de "simbiosis económica" (propuesto por Sanders, 1968: 100), en el que las comunidades están localizadas en posiciones altitudinales diversas, que les permiten especializaciones productivas y cooperación. Existe además un centro de distribución donde todo el excedente es intercambiado; en dicho centro, los agricultores y los artesanos obtendrían, a su vez, los bienes que no producen directamente.

Este mismo modelo ha sido aplicado por Flannery al valle de Oaxaca también durante el Formativo, pero en su fase media, en la que San José Mogote tiene la función de centro de distribución. A este fenómeno lo denominaremos redistribución circular, siguiendo a Flannery y a Coe (1972); el cual puede ser aplicado también al Formativo de la cuenca de México.

El modelo de "archipiélago vertical" de ecología complementaria, propuesto por John Murra (1975, 1985a, 1985b) para la región andina, donde cada "grupo étnico hace un esfuerzo para controlar al máximo los pisos y los nichos ecológicos" manteniendo "colonias permanentes situadas en la periferia para controlar los recursos distantes". Las relaciones entre el centro y la periferia se llaman "reciprocidad y redistribución en antropología económica" (Murra 1985b: 15-16). Esta segunda alternativa marcaría una tendencia hacia la autosuficiencia económica, mientras que la primera opción destaca procesos de especialización productiva y, por ende, de complementación económica.

El sistema de "control vertical" permite a los grupos étnicos locales abarcar la mayor cantidad de pisos ecológicos, mediante colonias permanentes. Las fuentes escritas describen relaciones de reciprocidad, más que de comercio, como los mecanismos de intercambio que ligan económicamente a las diversas colonias (Morris, 1987: 817-18). El último modelo que hemos descrito es uno de los dos sistemas de producción, circulación de bienes y acceso a la tierra que Murra (1975) ha definido para Los Andes centrales, y posiblemente el componente más antiguo y perdurable del binomio. El segundo es el sistema estatal inca, que se superpone a la esfera anterior.

Además de los modelos de “simbiosis económica” y de “control vertical” existiría una tercera forma de asegurar la obtención de recursos diversificados: el mercado. Sin embargo, proponemos aquí que ésta fue la forma más tardía tanto en el Cercano Oriente como en Mesoamérica, y que estuvo muy limitada en Los Andes precolumbinos.

En el estudio de las sociedades teotihuacana y tiwanacota, se han hecho algunas consideraciones sobre cómo estaban organizadas. En particular, abordaremos la propuesta de cómo el sacerdocio teotihuacano y el tiwanacota pudieron estar directamente vinculados con la tarea de supervisión de la producción y de la redistribución de bienes y servicios. Antes de exponer mi modelo, me gustaría abordar el desarrollo proto-sumerio con respecto a la aparición de instituciones centralizadoras.

El templo y su red redistributiva en Mesopotamia

Las fases que preceden a la aparición del estado territorial acadio en Mesopotamia, pueden caracterizarse de la siguiente manera. Los periodos del Neolítico, en que no hay evidencias de templos o palacios, nos hablan de sociedades sedentarias con economía mixta. En los primeros periodos (y en asentamientos como Umm Dabaghiyah, Hassuna o Yarim Tepé, para el sexto y quinto milenios a. C.) aparecen evidencias de almacenes comunales (de carne de asno salvaje, primero, y de grano, después) en el centro de la aldea, que pudieron ser vigilados por el consejo de ancianos, y redistribuidos a todos los miembros que contribuyeron a su formación; se trata de un “circuito de redistribución circular”, tal como existe en las “sociedades de linaje” (Manzanilla, 1983: 7; 1987: 278).

Durante el quinto y cuarto milenios a. C., la llanura baja de Mesopotamia es el escenario de la primera aparición de templos en los asentamientos más grandes. Estas construcciones monumentales no tienen paralelo en la arquitectura secular, y se caracterizan por una planta tripartita, consistente en un santuario central, rodeado por hileras de cuartos de almacenamiento. Estos son particularmente notables en el sitio de Uruk-Warka durante los periodos Uruk tardío-Jemdet Nasr (ca. 3200-2900 a. C. Nissen, 1972: 794); pero también pueden ser detectados en las fronteras de la Mesopotamia de

entonces, por ejemplo en Arslantépé, Anatolia Oriental (Palmieri, 1973). En este último sitio, hemos hecho un estudio sobre la estandarización cerámica asociada con la institución del templo —es decir, la fabricación masiva de recipientes para las raciones de comida que formaban parte del circuito redistributivo— (Espinosa y Manzanilla, 1985).

No sólo había redistribución de alimentos; para el templo de Khafajah, en Mesopotamia central, Henry Frankfort (1951: 67) cita el almacenamiento de granos, ajonjolí, cebollas, dátiles, cerveza, vino, pescado salado o seco, grasa, lana, pieles, juncos, madera, asfalto, mármol, diorita y herramientas.

Cuando el templo aparece como una institución que inherentemente expande el fenómeno mencionado para los periodos neolíticos, la redistribución se convierte en una red asimétrica, desviando parte de la producción almacenada para el mantenimiento de los artesanos y burócratas, además de usar una parte para el intercambio a larga distancia (Manzanilla, 1983a y 1987). Así, por medio de este mecanismo, fue posible obtener materias primas (rocas, minerales y metales) inexistentes en Mesopotamia, pero necesarias para la producción de las herramientas más esenciales, así como para la fabricación de bienes suntuarios.

El templo es la institución-eje de la comunidad y su importancia dura dos milenios, antes de que el primer palacio pueda ser observado en el registro arqueológico. El templo controlaba no sólo la vida ideológica de la comunidad, sino también la económica, a través de un circuito de redistribución en que los fieles depositaban los excedentes de producción como ofrenda, y recibían a cambio raciones de comida (es decir, productos diversificados que quizá ellos mismos no producían). De estas raciones tenemos evidencias no sólo en los textos de tiempos posteriores, sino también en la producción masiva de recipientes elaborados al torno que servían para contener raciones de grano, cerveza y otros alimentos, en épocas tan tempranas como el periodo Uruk, hacia el 3400 a. C. (Espinosa y Manzanilla, 1985).

Para el periodo Dinástico Temprano (*ca.* 2900-2300 a. C.), hay tabletas que enlistan raciones del templo consistentes de pan y grano para diferentes individuos (Wright, 1969: 42): personas que participaban de trabajos comunales, sacerdotes, otros oficiales y artesanos. Porciones del grano almacenado eran conservadas para ciclos agrícolas futuros; otra parte era canalizada a la cervecería, a la panadería y a la cocina del templo, y la última porción era usada para el intercambio, a larga distancia, de materias primas inexistentes en Mesopotamia (Frankfort, 1951: 68, 72, 74). El templo era, por lo tanto, el centro del circuito redistributivo, que permitía la manutención

de los burócratas del templo, así como el auspicio de los artesanos de tiempo completo (particularmente los alfareros que producían cerámica en forma masiva y quizá también los metalurgistas).

Si caracterizamos una *sociedad urbana temprana* como una organización con compleja división del trabajo —y, por lo tanto, con especialistas dedicados a otras actividades desligadas de la producción de bienes de subsistencia—, con instituciones que coordinan los procesos económicos y tienen autoridad sobre la gente común, generalmente con un centro urbano que provee servicios específicos y bienes para la región circundante, sirviendo como el foco de las actividades de la mayoría de los especialistas (Manzanilla, 1987: 271), entonces podríamos concluir que para la fase Uruk (ca. 3500-3100 a. C.) tenemos este tipo de sociedad en Mesopotamia.

Si definimos una *sociedad estatal arcaica* como una organización clasista, con indicadores de acumulación de riqueza, una demarcación relativamente precisa de fronteras, la conquista como forma de apropiación territorial, y el tributo como la forma de adquisición de bienes y de fuerza de trabajo (Manzanilla, 1987), entonces podemos decir que esta organización correspondería —en Mesopotamia— al periodo acadio (ca. 2340-2159 a. C.).

Entre esos dos momentos se sitúa el periodo Dinástico Temprano. Hacia el 3000 a. C. podemos atestiguar la primera aparición del palacio en el registro arqueológico de la baja Mesopotamia. Así, durante el periodo que entonces se inicia, denominado Dinástico Temprano o Sumerio Antiguo, coexisten templo y palacio en las ciudades-Estado, cada uno con su circuito económico propio. Sin embargo, poco a poco el palacio desplaza al templo en cuanto al control económico, adquiriendo además una relevancia política que el templo nunca pretendió tener. Así, el palacio se desliga poco a poco del control del consejo de ancianos y de la asamblea del pueblo, al aparecer la realeza dinástica y luego la monarquía divina.

El periodo Dinástico Temprano (ca. 2900-2340 a. C.) puede ser un momento de transición, con las siguientes características:

1. Instituciones urbanas claramente asentadas.
2. El palacio (como sede del gobierno) aparece como una institución económica rival del templo.
3. Al igual que el templo, el palacio concentra personal, tierra, ganado, productos y materias primas.
4. El palacio adoptó la organización administrativa del templo (creada en periodos anteriores); por ejemplo, el circuito redistributivo, pero convirtiéndolo en un circuito cerrado.

El ejemplo mesopotámico sugerirá algunos elementos que deberemos rastrear en los casos americanos.

Redistribución en Los Andes: el caso de Tiwanaku

John Murra ha establecido que “cuando el cultivo hizo su aparición, el ciclo calendárico permitió la concentración y la redistribución de recursos distintos y separados geográficamente” (1985a: 10). Desde la cultura de Chavín (la segunda mitad del segundo milenio a. C.), Luis Guillermo Lumbreras (1987: 336-337) ha detectado nuevos tipos de construcciones públicas dedicadas no sólo a propósitos de culto, sino a la observación de las estrellas, a talleres de producción y al almacenamiento. Complejos similares son encontrados a lo largo del Marañón de Los Andes.

Encontramos desde el Formativo andino los primeros indicios de la “esfera del templo” delineada anteriormente, donde con probabilidad el sacerdocio estuvo a cargo del culto y de la tarea de redistribución, manteniendo a los artesanos que estaban asociados con la producción ritual.

El modelo de la verticalidad

En el modelo del “archipiélago vertical”, el tipo de intercambio entre los asentamientos de las tierras altas y las colonias del valle podría ser de carácter recíproco, y los derechos podrían ser ejercidos a través de los lazos de gobierno, “periódicamente reafirmados por medio de ceremonias en los lugares de origen” (Murra, 1985b: 16).

Ramiro Condarco Morales (en Murra, 1985a: 6) pensó que este tipo complementario, generado por la interrelación y la solidaridad, formaba la base de la unificación de Los Andes centrales que habían logrado Tiwanaku o el Estado inca. John Murra (1985a: 11) añade que esta complementación prevaleció aun en tiempos en que no existían mercados, pero en los cuales operaban muchos almacenes estatales, y era una excelente forma para hacer frente a “un medio ambiente variado, vastas poblaciones, y por ende alta productividad”. El aspecto clave de la economía de las tierras altas fue el almacenamiento masivo (Murra, 1985a: 4).

Durante la época inca, tenemos evidencia arqueológica y etnohistórica de las construcciones destinadas al almacenamiento. Estas bodegas eran vitales cuando había heladas o sequías continuas, pero también servían para mantener al personal, al ejército y a los artesanos estatales (Murra, 1975). Los depósitos fueron localizados tanto

al interior de los asentamientos como en las laderas de las montañas (Earle y D'Altroy, 1982).

Craig Morris (1978) y William Isbell (1978) han detectado una diferencia en el número de almacenes respecto de la jerarquía de asentamientos, y también en los diferentes productos almacenados en los depósitos dependiendo de su forma (circular o rectangular). En Huánuco Pampa —una capital provincial incaica—, Morris (1978) detectó 497 bodegas construidas y administradas por el Estado, las cuales servían para mantener a la población asentada ahí.

También excavó cuarenta talleres y diez construcciones destinadas a la producción textil —elemento clave para las relaciones recíprocas entre el Inca (el Estado) y la gente de las comunidades—, y a la preparación y consumo de la chicha (bebida ritual de maíz fermentado). En dos amplias plazas localizadas cerca del sector público de Huánuco Pampa, toneladas de fragmentos de vasijas cerámicas se encontraron asociadas con estas actividades, y Morris observa que la producción alfarera estaba estandarizada.

Este ejemplo me remite al caso de Mesopotamia, aun cuando el caso andino difiere en la forma en que la redistribución se lleva a cabo: de comidas colectivas a raciones de alimentos (Manzanilla, 1985a, 1988). En ambos procesos hay una necesidad de estandarizar la producción cerámica, de ahí que la producción alfarera fuese uno de los elementos auspiciados por el circuito redistributivo.

El ejemplo incaico debe ser visto como un caso en el cual la redistribución es un relicto de tiempos anteriores, pero que fue integrado a una nueva trama: la "esfera del palacio". Fue tan eficiente para las condiciones andinas que perduró a través del tiempo. Un relicto similar de las actividades de redistribución fue detectado en el estado mexica por Pedro Carrasco (1982) y Johanna Broda (1976: 42-53), donde una de las funciones rituales del *tlatoani* o señor era la redistribución de armas e insignias a los nobles y guerreros. Los nobles correspondían con banquetes comunales e intercambio de regalos, ocasiones que servían para redistribuir bienes de manera ritual.

Si nosotros pensamos, no obstante, en un ejemplo homotaxial para Teotihuacan, lo hallaremos quizá en Tiwanaku (figura 1). Por desgracia, es poco lo que se sabe aún sobre esta importante capital preincaica. Empero, en sus últimas fases, el establecimiento de colonias en la costa y en los valles de Perú y Chile probablemente sea indicador de la importancia de este circuito.

Tiwanaku es el mayor centro urbano del altiplano boliviano y del sur de Los Andes centrales durante el primer milenio d. C., aunque sólo recientemente se ha empezado una investigación sistemática del sitio. Se encuentra ubicado en un valle del altiplano boliviano a 3 840 m.s.n.m. Está separado del área del Lago Titicaca por una sierra que yace al norte del asentamiento. Otra sierra, rica en recursos mineros (particularmente cobre), cierra el valle por el sur.

Sin duda alguna, Tiwanaku (figura 2) fue el desarrollo urbano más importante de la región de Los Andes centro-meridionales durante el primer milenio de la Era. Sus paralelismos con Teotihuacan rebasan el hecho de que ambos centros hayan sido contemporáneos: se trata del primer desarrollo urbano de importancia en sus respectivas regiones lacustres; además, ambos centros fueron integrados como sitios de creación a mitos posteriores.

A pesar de múltiples polémicas sobre su carácter teocrático, militarista o comercial, sobre su sistema hidráulico o de control vertical, Tiwanaku es, sin duda alguna, el menos conocido de los sitios tiwanacotas. Se ha especulado que Tiwanaku fue la cabecera de:

a) Una red ideológica-económica a través de un estilo iconográfico (Wallace, 1980).

b) Una federación imperial multiétnica, unida por lazos de intercambio y de religión (Browman, 1978), con vínculos a través del altiplano y un uso extensivo del pastoreo de camélidos (Browman, 1981).

c) El nodo principal de una red de control vertical de pisos ecológicos (Browman, 1978; Manzanilla, 1983).

d) Una red caravanera y agrícola multidireccional (Dillehay y Núñez, 1988).

e) Un Estado dinámico y expansivo basado en la agricultura intensiva (Kolata, 1986).

f) Un Estado teocrático (Bennett, 1963).

g) Un imperio militarista (Ponce Sanginés, 1981).

h) Una metrópoli prehistórica (Posnansky, 1945).

i) Un centro ceremonial (Squier, 1878).

j) La cabeza urbana de un sistema jerárquico de tres (Lanning, 1967) o cuatro niveles (Kolata, 1986) de asentamiento.

Tiwanaku ocupó un papel principal en la mitología inca. Betanzos (1987: cap. 1) y Cobo (1979: 105) mencionan el mito en el cual Con Ticci Viracocha fue a Tiwanaku, en una época de oscuridad, creó el Sol, la Luna y las estrellas, pero además modeló a los seres humanos como bultos pétreos. Les dio nombres e indicó a sus sirvientes los lugares de los cuales deberían emerger para poblar el mundo: fuentes, cuevas, árboles, montes.

Algunas tradiciones señalan a Tiwanaku como el punto donde Manco Cápac tuvo su origen y desde donde partió al norte para enseñar religión y gobierno (Squier, 1878).

Más allá de los recuentos míticos, se señala que, durante sus correrías por el altiplano boliviano, Pachacutic Inca Yupanqui vio las construcciones magníficas de Tiwanaku. Así, ordenó a sus hombres que observasen cuidadosamente las técnicas constructivas, ya que quería que los proyectos de construcción del Cuzco fuesen del mismo tipo. En el resto de su vida, este inca se dedicó a construir templos, palacios y fortalezas magníficas, siguiendo el modelo de Tiwanaku (Cobo, 1979: 141).

Hyslop (1990) cita la visita de Díez de San Miguel, en 1567, en la cual se incluyen entrevistas con señores aymaras (Lupaqa) de la zona suroeste del Titicaca, y en la que ellos referían el traslado de cientos de sus sujetos hacia el Cuzco, como parte de la mita (trabajo obligatorio rotativo) para construir muros y casas. Por lo tanto, no es descabellado pensar que los modelos que estos trabajadores tenían en mente procedían precisamente de Tiwanaku.

Antecedentes y desarrollo de Tiwanaku

Los antecedentes de Tiwanaku se encuentran en las culturas formativas del altiplano boliviano: Chiripa, Wankarani y Tiwanaku. Se ha planteado que son desarrollos independientes pero con parentesco. Los fechamientos radiocarbónicos de Chiripa ubican a este sitio entre el 1000 y 200 a. C. (Ponce Sanginés, 1970); se trata de asentamientos aldeanos ubicados en las riberas lacustres, que subsistían a base de agricultura (de papa y quinoa) y pesca. En esta cultura, así como en las otras dos del Formativo, se encontraron escorias que evidencian fundición del cobre. Los estratos superiores de Chiripa contuvieron elementos de filiación tiwanacota, particularmente un templete semisubterráneo, forma arquitectónica típica de Tiwanaku.

La cultura Wankarani, con fechas radiocarbónicas anteriores a nuestra Era (con una media de 250 a. C.), se ubica al noreste y norte del Lago Poopó, en una altiplanicie semidesértica. Los 17 sitios aldeanos localizados hasta ahora se encuentran regularmente espaciados (Ponce Sanginés, 1970), y eligieron sitios abrigados de los vientos. Las unidades domésticas tienen planta circular, con cimientos de toscos cantos y alzado de adobe; algunas viviendas se encuentran agrupadas, característica contrastante con el patrón rural tiwanacota e inca.

La cultura de Tiwanaku I se ubica cronológicamente en la última mitad del primer milenio a. C., aunque hay algunas fechas radiocarbónicas de los primeros dos siglos d. C. Tiwanaku comenzó como una aldea que subsistía del cultivo de papa (y en donde ya están presentes técnicas de conservación por deshidratación). Las casas eran de planta rectangular y se construían calzadas empedradas para transitar. Empleaban la técnica de fundición del cobre y colado en moldes (Ponce Sanginés, 1970).

Más allá de las culturas del Horizonte Formativo, está el llamado "Tiwanaku Clásico" (Tiwanaku III, 100-375 d. C., y Tiwanaku IV, 375-750 d. C., según Mathews, en prensa), que es un periodo en el que se desarrolla el peculiar estilo arquitectónico (figura 3) y de labrado de piedra (figura 4) de esta cultura; la producción excepcional de cerámica policroma (figura 5); la metalurgia de oro, plata, cobre y bronce con tal destreza que incluso fue usada en la construcción (figura 6. Bennett, 1963: 114-117). La distribución de esta cultura abarca fundamentalmente el altiplano boliviano, además de las tierras altas y costa del sur del Perú.

Según Mathews (en prensa: 32), no existen sitios de esta fase en el valle medio de Tiwanaku, quizá indicando la centralización de la población en Tiwanaku mismo y en sitios subsidiarios como Lukurmata, Pajchiri y Quallamarka. Esto implicaría una reorganización de la población, similar a lo ocurrido con Teotihuacan.

Las características urbanas de esta cultura temprana, también denominada "Tiwanaku III" (Ponce Sanginés, 1967: 6-7), han sido atribuidas al incremento en la producción agrícola, que permitió un excedente destinado a la manutención de una aristocracia dominante y su burocracia. Durante esta época (que corresponde a los primeros siglos de nuestra Era), se construyen las pirámides de Akapana (figura 7) y Pumapunku, así como los recintos de Kalasasaya y del Templete semisubterráneo (figura 8). Tiwanaku se distingue así no sólo por la magnitud de sus edificios, sino por la tecnología hidráulica empleada (figura 9). Otro indicador del estatus urbano es la presencia de especialistas en producción artesanal y en construcción.

Tiwanaku IV (375-750 d. C.) ofrece la primera evidencia de control administrativo en ese valle: aparecen grandes sitios regularmente dispuestos (2 a 3 km de distancia) a lo largo de las sierras norte y sur del valle. Según Mathews (en prensa: 32), este hecho está relacionado con el transporte y canalización de productos agrícolas al centro urbano naciente. Al parecer, algunos residentes del área urbana se dedicaban a la producción agrícola en las inmediaciones de la ciudad (se han encontrado restos de campos elevados en las estribaciones del centro urbano).

Se han hecho varios cálculos del área y la demografía de Tiwanaku. Willey (1971: 154) señala que el área de construcciones y monumentos abarca 500 mil m², pero que la extensión de la cerámica cubre una superficie de 3 km²; se señala una población entre los cinco y 20 mil habitantes. Por su parte, Ponce Sanginés (1967) propone un área de 300 hectáreas y aproximadamente 100 mil moradores para el 1100 d. C.

Sobre los elementos de planificación urbana, se cita la existencia de maquetas (Bennett, 1963: 112); ejes de trazo este-oeste, por medio de calzadas donde se alineaban los edificios y un sistema sofisticado de desagüe (Ponce Sanginés, 1967).

Para esta época, existen sitios como Lukurmata en el Lago Titicaca, que pudieron fungir como centros secundarios en la jerarquía de Tiwanaku (Bermann, 1990); al integrarse Lukurmata a su esfera, uno de los cambios observables fue la aparición de almacenes, elemento que proponemos como vital en la economía redistributiva de Tiwanaku.

Stanish (1989) agrega que la existencia de un templete semisubterráneo en Lukurmata, dos niveles de plataformas semejantes a la Pirámide de Akapana de Tiwanaku, un área doméstica alrededor, y una franja de cultivos con densa ocupación, sugieren que las poblaciones campesinas fueron reasentadas como parte de una política agraria del Estado tiwanacota, para intensificar la producción agrícola del área.

Tiwanaku v (750-1100 d. C.) representó un aumento en el tamaño y número de sitios del valle medio; es decir, un aumento demográfico general que implicó cambios estructurales que preludieron el colapso político (Mathews, en prensa: 32).

Organización económica de Tiwanaku

Existen varios modelos; la investigación arqueológica está en curso, con el fin de obtener datos de apoyo a cada uno.

Agricultura intensiva

Todo indica que la región del Lago Titicaca fue la cuna del primer sistema intensivo de agricultura en América. Clark L. Erickson (1987, 1988) ha estudiado, desde 1981, un extenso sistema de campos elevados o camellones en el área de Huatta, Puno, Perú. Frente a problemas de heladas, sequías e inundaciones, frecuentes en el área, el sistema de campos elevados pudo ser la solución agrícola más eficaz.

Los campos elevados (figura 10) son plataformas de tierra de 4 a 10 m de ancho por 10 a 100 m de largo por uno de altura. Se han detectado 82 mil hectáreas de estos campos alrededor del Lago Titicaca, tanto en Bolivia como en Perú.

El calor almacenado en la masa acuosa del Lago Titicaca calienta las áreas aledañas, fenómeno importante en la noche cuando hiela. La temperatura del agua de los canales que rodean a los camellones es más caliente que el suelo y el aire de los alrededores, indicando que el agua actúa como un almacén de energía solar, misma que es lentamente liberada durante la noche (Erickson, 1988: 9).

El material orgánico descompuesto de los canales, usado como abono, y con la participación de algas fijadoras de nitrógeno, proporcionaba nutrientes a los campos. Además, los canales pudieron albergar peces, aves y plantas acuáticas.

Se recuperó polen de tubérculos y quinoa del sistema preincaico de campos elevados de Huatta, que data del 1000 a. C. al 400 d. C. Las culturas Qaluyu y Pucara parecen haber desarrollado este sistema de alta productividad. Con el surgimiento de Tiwanaku, hacia el 300 d. C., y su creciente influencia gracias al control sobre el intercambio a larga distancia, sus colonias y su importancia religiosa, el área de expansión del sistema de campos elevados cambió al sur del Lago Titicaca (Erickson, 1988: 13).

Kolata (1986: 760) ha propuesto que Tiwanaku transformó su ámbito rural en un escenario agrícola artificial, a través de un vasto sistema de campos elevados, particularmente en las márgenes del Lago Titicaca, pero también en la vecindad de la capital misma.

La presencia de una autoridad centralizada en ese entorno rural quizá se manifieste, según Kolata, en la construcción de arquitectura monumental, la canalización artificial del Río Catari, una distinción entre la cultura material de la élite (con bienes de lujo) y la cultura material del pueblo, y una red jerárquica de asentamientos con distinciones de tamaño, estatus y función.

La región de Pampa Koani, en la ribera del Lago Titicaca, fue una en la cual Tiwanaku ganó tierra al lago, como una estrategia económica primordial del Estado para expandir la producción agrícola estatal. Kolata propone que el sistema rural de Pampa Koani pudo mantener poblaciones entre los 20 y 56 mil habitantes.

Recientemente se han regenerado de manera productiva algunos de estos sistemas antiguos, con el consecuente aumento en la productividad y la creación de microambientes en los campos, con controles de temperatura y humedad; se producen así vegetales y tubérculos de tamaños excepcionales. Frente a sequías e inundaciones, la producción de los campos elevados ha sido la única que ha resistido. Sin embargo, la economía de Tiwanaku tuvo varias vertien-

tes administradas por el Estado: el sistema de campos elevados, la explotación de recursos lacustres y el pastoreo (Goldstein, 1990: 75).

Colonias

El establecimiento de colonias fue una de las estrategias de aprovisionamiento de recursos de costa, valles y selva que adoptó Tiwanaku. Paul Goldstein ha mencionado que el valle medio de Osmore, en Perú, era una provincia integrada a Tiwanaku durante la fase Chen Chen, es decir, Tiwanaku V: sitios como Omo pueden ser considerados colonias tiwanacotas. El colapso de Tiwanaku provocó la llegada de diversos grupos étnicos que convivieron en el valle costero de Osmore, a semejanza de lo previsto en el modelo de verticalidad de Murra (Owen, 1992).

Goldstein (1990: 76) argumenta que los tiwanakotas cambiaron "la escala y formas de integración de la complementariedad vertical en una manera tal que proveyeron de un patrón a las posteriores sociedades sur-andinas, tales como los Lupaqa e Incas". Además de los recursos locales, Tiwanaku obtendría productos tropicales (como coca y frutas), recursos marinos del litoral y productos agrícolas de los valles (algodón, calabaza, legumbres y maíz).

Moquegua fue una de las colonias de Tiwanaku en Perú, durante su fase IV (300-700 d. C.) (Goldstein, 1990: 100). Después de un periodo de intrusión de la cultura Wari en Moquegua, durante la fase Chen Chen, esta región se convierte en una provincia altamente organizada del Estado tiwanacota, con poblaciones más densas, jerarquía de sitios, ampliación de la red hidráulica y aparición de arquitectura religiosa o administrativa en Omo (Goldstein, 1990: 101-102). Goldstein propone que, por medio del sistema caravaneero, Moquegua obtuviese la cerámica fina de Tiwanaku a cambio de los productos que enviaba la colonia a la capital. También existe semejanza entre la cerámica, textiles y artefactos de Moquegua con zonas lejanas, como Cochabamba, región productora de maíz (Goldstein, 1990: 103-104).

En el área de Juli-Pomata, en el Lago Titicaca, existen sitios ceremoniales, como Tuma Tumani (con pirámides escalonadas y montículos en forma de U) que podrían representar la residencia de élites administrativas de Tiwanaku; esta élite importaba cerámica fina de la capital (Stanish y De la Vega, en prensa).

En el modelo de Dillehay y Núñez (1988: 619-621) que reseñaremos más adelante, existen algunos casos de colonias tiwanacotas en el Valle de Azapa, Chile. Se trata del sitio de Alto Ramírez, en el que los pobladores de Tiwanaku explotaban directamente recursos de la costa y del desierto, conviviendo con poblaciones locales.

Hay propuestas de que sitios, como San Pedro de Atacama, no eran colonias, sino sitios donde se producía y redistribuía parafernalia religiosa de estilo tiwanakota. Sin embargo, recientes estudios, sobre todo del arte textil, sugieren la posibilidad de que también fuesen colonias de Tiwanaku.

Compartimos la idea esbozada por Murra de que la redistribución de bienes debió ser elemento vital en la economía de Tiwanaku, y vamos más allá al proponer que este mecanismo, con fuerte contenido ritual, fue un elemento central en la economía de Teotihuacan y de los centros protosumerios de Mesopotamia.

También compartimos la idea de Isbell y Browman de que Tiwanaku introdujo el sistema de explotación de varias zonas ecológicas, combinado con un sistema de intercambio interregional, particularmente en la zona Huari del Perú. Sitios de prestigio (como Capilla Pata, Pikillacta, Viracocha Pampa, Pampa de las Llamas, Wisa Jirca, entre otros) sirvieron como lugares de recolección y redistribución para almacenes estatales y para el intercambio de artesanías controladas centralmente (Browman, 1978: 331).

Los materiales alóctonos que llegaban a Tiwanaku procedentes de las colonias o del intercambio interregional incluían andesita, basalto, cobre, estaño, oro, obsidiana, cal, concha, plantas medicinales, coca, tabaco, alucinógenos (Browman, 1978: 332-333).

Redes caravaneras

Uno de los modelos más interesantes fue propuesto por Dillehay y Núñez (1988), y que podría ser denominado el modelo de los circuitos caravaneros. Estipula que, a diferencia de la región andina central, en la región centro-sur de Los Andes, sólo con Tiwanaku y con el Estado inca se llegó a una situación urbana y de alta centralización.

La principal forma de integración fue la existencia de redes caravaneras entre zonas ecológicas y asentamientos eje, estos últimos proveedores de recursos, servicios y ferias para intercambiar productos. Cada circuito estaba especializado económicamente; la redistribución sería el mecanismo de circulación de bienes (Dillehay y Núñez, 1988: 611-621).

Cuando surge Tiwanaku, concentra importancia económica, poder político y actividad religiosa interregional. Se desarrolló con base en el intercambio y el proselitismo religioso; pero no con base en la conquista, como otros estados andinos. Se convirtió en el nodo de convergencia de redes caravaneras, pues atrajo más intercambio caravanero, estableció colonias en zonas despobladas y alianzas con poblaciones distantes.

ción, dudando de que existiese una gran población residente; en las recientes excavaciones del proyecto Wila Jawira en el sector residencial de Tiwanaku, se han expuesto varias estructuras domésticas del periodo Tiwanaku v. Probablemente el incremento de la población residente se dio sólo en la última época del sitio.

Browman (1978) propuso que Tiwanaku fue el centro económico y religioso de una federación de unidades independientes, con ciudades, colonias y centros de intercambio en todos Los Andes. Los centros satélites (como Pukuro-uyu, Pajchiri, Llojepaya, Mocachi, Chiripa, Simillake, Wankani, Santiago de Machaca), se convirtieron en centros ceremoniales y polos de desarrollo de artes y ciencias. El mecanismo más importante de integración sería una ideología ampliamente compartida.

En las recientes excavaciones extensivas en el templo principal de Tiwanaku (la pirámide de Akapana), he detectado no sólo construcciones destinadas al culto en la cúspide, sino también complejos de cuartos destinados a ser viviendas para el sacerdocio (figura 13) y a las funciones de almacenamiento doméstico (Manzanilla y Woodward, 1990; Manzanilla, Barba y Baudoin, 1990; Manzanilla, 1992). Estos contextos pertenecen a los periodos Tiwanaku IV (ca. 600-900 d. C.), aun cuando cabe la posibilidad de que estuviesen en existencia desde Tiwanaku III.

El nombre aymara de Tiwanaku era Taypicala, "la piedra de enmedio" (Cobo, *op. cit.*: 65); es decir, el centro del universo, del cual surgieron los distintos grupos humanos a poblar la tierra, después de un acto de creación por parte de Viracocha. Cobo (*op. cit.*: 68) también señala que el templo en forma de pirámide truncada, cuya base tiene varios ángulos (probablemente la pirámide de Akapana), fue construido en honor de Viracocha. Así pues, la estructura era la conmemoración del acto de creación; por lo tanto, no nos debe sorprender que fuese la estructura pivote de la organización ideológica de la sociedad tiwanacota. Si algún desajuste se presentó en el sistema, seguramente acudirían a ofrendar en ella.

Por lo menos para la pirámide de Akapana, ocurrieron numerosas ofrendas parciales de restos humanos (figura 14) y de restos de camélidos (figura 15) desmembrados *post mortem* a lo largo de su base y cima. Las fechas de radiocarbono para el cambio de función de la estructura fluctúan alrededor del 845 d. C. (INAH-972: 830±140 d. C., ETH 5640: 860±85 d. C. y ETH 5639: 860±60 d. C. Manzanilla, 1992). Paulsen (1976: 125-127) propuso una etapa de fuerte sequía entre 600 y 1000 d. C. Según la cronología propuesta por Bermann (1989), Tiwanaku IV (la época que proponemos para estos eventos, según la cerámica asociada) va de 400 a 900 d. C. Quizá esta sequía

hizo estragos en la población del valle de Tiwanaku, y los muertos que ocasionó fueron "ofrendados" a la estructura.

Si la hipótesis de la sequía y consecuente muerte colectiva fuese válida, entonces resulta factible que la estructura dedicada al Hacedor del Universo (Cobo, 1961: 68) fuese invocada de manera ritual con el propósito de propiciar el fin de la catástrofe.

Teotihuacan

El modelo de "simbiosis económica" propuesto por Sanders (1968) puede ser un buen punto de partida para entender la organización económica de la cuenca de México antes del surgimiento de Teotihuacan. Desde tiempos del Formativo medio, tenemos casos —como el de Loma Torremote— en que las actividades de almacenamiento estaban centralizadas en lugares domésticos (Reyna Robles, 1977). En el Formativo tardío, sitios con arquitectura ceremonial monumental, como Cuicuilco y Tlapacoya, pudieron ser centros de distribución, como los especificados por el modelo de Sanders.

El sacerdocio fue, ciertamente, la figura central de la sociedad teotihuacana. La frecuencia de representaciones de sacerdotes, en particular en el arte mural (figura 16), es muy alta. Por ejemplo, René Millon (1967: 149-150), por ejemplo, establece que los sacerdotes jugaron un papel importante, y que la integración de la ciudad pudo ser posible a través de las peregrinaciones a los complejos de templos y al mercado. También establece (Millon, 1988: 109) que la política fue sacralizada, sin una diferenciación formal entre las esferas política y religiosa. Teotihuacan (figura 17) fue un centro religioso sin par en su tiempo, una ciudad sagrada, el centro del cosmos, el lugar donde comenzaba el tiempo.

Sanders (1967: 134) también argumenta que las instituciones sacerdotales quizá controlasen las tierras de somonte y de aluvión, y que la religión probablemente fuese el factor más importante en la integración de Teotihuacan. Estoy de acuerdo con la idea de que el sacerdote fue la figura más importante en la jerarquía teotihuacana; si hubiesen habido grupos seculares en el poder, en posiciones equivalentes a la figura de un rey, señor o gobernante, habrían innumerables representaciones iconográficas de ellos y del culto a su dinastía, como Pasztory (1978: 130) ha resaltado para las tierras bajas mayas y el valle de Oaxaca durante el Clásico medio.

Podría añadir la propuesta de que el sacerdocio teotihuacano centralizaba el excedente de producción proveniente de las comunidades de la parte central de la cuenca de México; mantenía artesanos de tiempo completo y también emisarios, quienes establecían diferentes tipos de relaciones con regiones extranjeras de Mesoamérica. Esta situación no debió ser muy diferente de aquella del Formativo (con el modelo de "simbiosis económica"), excepto por la escala del fenómeno, parecido al caso de Tiwanaku y mayor que el proto-sumerio.

Durante la fase Tlamimilolpa (200-350/400 d. C.), se definen con claridad los elementos de planificación urbana de Teotihuacan (figura 18) que, según Millon (1973) son los siguientes:

1. Existencia de calles y ejes. La Calzada de los Muertos es el eje principal de la ciudad, en sentido norte-sur (figura 19). Millon plantea la existencia de un eje este-oeste que empieza al centro de la Ciudadela y corre hacia el este por más de 3 km, y al oeste del Gran Conjunto por más de 2 km. Ambos dividirían a la ciudad en cuatro cuadrantes, con lo cual la Ciudadela, situada en la parte central, adquiriría una particular importancia.

La mayoría de las construcciones estaban distribuidas a lo largo de las calles; todas corren paralela y perpendicularmente a los ejes principales y están trazadas a intervalos regulares. En las laderas de los cerros, a varios kilómetros del centro de la ciudad, hay restos de construcciones alineadas con la retícula (Millon, 1967: 41).

2. Abastecimiento de agua y red de drenaje. Al parecer existía un servicio de agua potable y un sistema de alcantarillado que derivaba su contenido de una caja a 200 m al noroeste de la Pirámide de la Luna. El agua proveniente del Arroyo Piedras Negras descendía del sector entre el Cerro Coronillas y el Cerro Gordo. Según Mooser (1968: 36), existe la posibilidad de que una pequeña presa, en el sitio de Las Palmas y atribuida al siglo pasado, oculte una presa derivadora de época teotihuacana.

Otro elemento sería la canalización tanto del Río San Juan, para corresponder con la retícula de la ciudad, como del Río San Lorenzo, cuyo cauce —originalmente con meandros— se restringió a una línea recta por sus repentinas y desastrosas crecidas.

El sistema de drenaje interno incluía una vasta red de canales subterráneos que confluían en un canal central que corría por la avenida principal y descargaba en el Río San Juan (Sanders, 1964: 124).

3. Construcciones administrativas y públicas. A lo largo de la Calzada de los Muertos se disponen construcciones ceremoniales y administrativas, aun cuando es difícil definir la función de éstas con los datos que actualmente tenemos.

Al norte y al sur del Templo de Quetzalcoatl (figura 20) han sido excavados recientemente dos conjuntos residenciales que pudieron tener alguna función de centro político, una vez cubierto el templo de la fase Miccaotli. Armillas ha sugerido que fue en algún tiempo el centro religioso y administrativo de la ciudad, y quizá también la residencia de aquellos que la gobernaban. Sin embargo, estas estructuras difieren muy poco de otras cercanas a la Calzada de los Muertos, y entre éstas y las construcciones residenciales ubicadas alrededor de la parte central existe una gama tal que no permite hablar de diferencias cualitativas importantes, excepto su ubicación.

El Gran Conjunto, ubicado frente a la Ciudadela, al otro lado de la Calzada de los Muertos, es la estructura más grande de la ciudad, y cubre un área mayor que la de la propia Ciudadela. Consiste de dos alas construidas (una al norte y otra al sur), con entradas al nivel de la Calzada de los Muertos. Las alas rodean un enorme espacio abierto. La hipótesis de Millon (1967: 43) sostiene que la plaza pudo albergar al mercado más grande de la ciudad, pues se encuentra en la parte central de ésta, y pudo ser la institución de mayor importancia para la integración de la sociedad teotihuacana. Además de su ubicación central, no hay otros datos que apoyen esta hipótesis, ya que los escasos pozos de sondeo que se han hecho en esta estructura han revelado la presencia de cerámica ritual (incensarios).

4. Construcciones residenciales. Alrededor del área central de la ciudad, se dispone una serie de estructuras residenciales: Tlamimilolpa (figura 21), Xolalpan, Atetelco, Tepantitla, Tetitla (figura 22) y Zacuala, pertenecientes a las épocas Tlamimilolpa y Xolalpan, y Atetelco, a la época Xolalpan. Por lo general, consisten de varios cuartos a diversos niveles alrededor de patios abiertos; tienen santuarios domésticos, y todo el conjunto está circundado por un muro externo. Existe la hipótesis de que los teotihuacanos hayan utilizado un módulo constructivo de 57 m como unidad de medida, que tenía múltiplos y submúltiplos. Así, Millon (1970: 1080) presupone que había tres tipos de conjuntos que podían albergar a 100, 50 y 20 personas respectivamente. Estos pudieron estar ocupados por grupos corporativos con oficios comunes; se ha observado que los artesanos dedicados a diferentes manufacturas vivían en conjuntos separados (Spence, 1966; Millon, 1968; Manzanilla, 1993 y en prensa).

Otro hecho que se observa en estos conjuntos es su diseño para lograr un máximo de privacidad. Cada construcción estaba aislada de la calle y los muros externos, desprovistos de ventanas. Los patios internos no estaban techados: así se lograba tener luz y aire, además de agua pluvial para el interior del edificio (Millon, 1970: 43).

5. Barrios y sectores de trabajo artesanal. En Teotihuacan existen áreas hacia los límites de la ciudad del Clásico que no presentan ras-

tros de las construcciones de mortero y estuco. Millon (1971: 225) supone se trata de sectores destinados a las clases menos favorecidas de la sociedad teotihuacana.

Con relación al trabajo artesanal, han sido localizadas en superficie 500 concentraciones de materiales y desechos, considerados por Millon y Spence como talleres, aunque muchas pueden ser basureiros. La mayor parte es de obsidiana. Pronto se presentó una especialización, incluso en el tipo de artefacto elaborado: algunos talleres hacían navajillas prismáticas, mientras otros se dedicaban al trabajo bifacial (Millon, 1968: 116). El área de mayor concentración de obsidiana está al oeste de la Pirámide de la Luna.

Los otros talleres fueron dedicados a la manufactura de cerámica, figurillas, lapidaria, piedra pulida y objetos de pizarra, como ya señalamos anteriormente. Muy pocos han sido excavados, por lo que su función de taller queda aún por ser corroborada.

Por otra parte, existen sectores de la ciudad donde predomina la cerámica foránea, por lo tanto se ha pensado que representan barrios de extranjeros. Como ejemplo, podemos citar el "Barrio Oaxaqueño" al suroeste de la ciudad (Spence, 1989; 1992 y Rattray, 1993), y el "Barrio de los Comerciantes" en el sector oriental. Este último fue excavado recientemente por Evelyn Rattray (Rattray, 1987 y 1988), quien encontró estructuras circulares de adobe y tumbas con cerámica maya y de la Costa del Golfo.

Durante la fase Xolalpan (ca. 350/400-650 d. C.), se observa, según Millon (1967: 46), un proceso de renovación urbana debido al crecimiento demográfico que experimentó la ciudad. Hacia el 500 d. C. la población llegó a su máximo, fenómeno aunado a la disminución de la población rural circundante. No obstante, según Millon, la superficie de la ciudad se redujo de 22.5 km² a 20.5 km². Así, hacia el siglo VI d. C., los programas de renovación urbana se efectuaron en áreas donde la densidad iba en aumento.

A nivel regional, Sanders, Parsons y Santley (1979: 108) proponen que, además de Teotihuacan, existían 10 centros provinciales, 17 aldeas grandes, 77 aldeas pequeñas y 149 villorrios en la cuenca de México. También señalan que un 50 o 60 por ciento de la población de la cuenca residía en Teotihuacan, y que la población rural de la mitad norte (particularmente el sector de Cuauhtitlan-Tenayuca) excedía a la del sur en una proporción de 4:1. Dado que la población en la región de Chalco-Xochimilco era menor y estaba más homogéneamente distribuida; Sanders, Parsons y Santley interpretan este fenómeno como la remoción de gente de los centros antiguos de poder y autoridad.

Poco después ocurre el fin de la primacía de Teotihuacan; la parte central de la ciudad fue incendiada y saqueada. Sin embargo, la

distribución de los materiales Coyotlatelco en superficie ha sugerido a algunos autores que Teotihuacan sigue siendo el centro más grande de la cuenca.

Abordemos ahora el tema del circuito redistributivo en manos de los sacerdotes de Teotihuacan.

La centralización y almacenamiento de la producción excedentaria

Mucho de la base de subsistencia del centro urbano del horizonte Clásico se presentó también en las villas del Formativo del valle de Teotihuacan, tales como Cuanalan (Manzanilla, 1985b). Entonces propongo que esta base diversificada de subsistencia fue recreada a gran escala durante el horizonte Clásico, a través de una red regional de redistribución que involucraba actividades de grupos de diferentes partes de la cuenca de México, los cuales ofrecían su excedente a los dioses teotihuacanos —y a los sacerdotes—. Este tipo de circulación de bienes no se propone de manera exclusiva, sino que debió ser, de manera paralela, un circuito de trueque entre productores. Así, en este artículo me gustaría subrayar que consideramos que el mercado, como lo conocemos por las fuentes escritas del siglo XVI para los mexicas, aún no estaba presente en tiempos teotihuacanos.

A continuación enunciaremos algunas características de la base de subsistencia de Teotihuacan.

Agricultura

Una de las personas que más se ha ocupado sobre el tema de la agricultura, para el caso concreto de Teotihuacan, es Emily McClung de Tapia (1979). De su estudio se desprende que en las diversas fases de la historia de la ciudad prehispánica existieron varias formas de uso de las plantas.

Para la fase Tzacualli tardía (segundo siglo de la Era) tenemos maíz, alegría, frijol, calabaza, tomate, chile, además de tuna, quelite, epazote, huauhzontle, verdolaga y aguacate. En la fase Tlamimilolpa tardía (tercer siglo de la Era) aparece el algodón, y en Xolalpan tardía (sexto y séptimo siglos de la Era), el amate, la jícara y el huizache. Aunque de algunas de las plantas mencionadas no tenemos duda alguna de que fueron cultivadas, y de otras sabemos que fueron recolectadas (verdolaga, papa silvestre, amapola, huizache), existen algunas más que estaban semidomesticadas.

Con relación al maíz, se encontraron fragmentos pertenecientes a tres razas: nal-tel chapalote, palomero toluqueño y cónico. En cuanto al frijol vulgar (*Phaseolus vulgare*), se hallaron pocos restos; esto probablemente se debe al uso intensivo que se hacía de estos vegetales, por lo cual no quedaron desechos de las plantas originales; también hubo frijol ayocote.

Por cuanto respecta a la calabaza, se hallaron restos de las especies *Cucurbita pepo*, *C. maxima*, *C. moschata* y *C. ficifolia*, además de representaciones en los murales de Tepantitla, fechados para Xolalpan. La alegría y los quelites (*Amaranthus sp.*) se encuentran en abundancia en todas las fases y pueden ser silvestres o cultivados.

La presencia de aguacate en Xolalpan temprano indica importación; su uso fue tanto alimenticio como medicinal. En el conjunto habitacional de Tlamimilolpa fueron hallados fragmentos de textiles de algodón. Esta planta, al igual que el aguacate, procede de regiones con climas más cálidos. Otra planta foránea era el cacao, cuyo árbol aparece representado en el muro este de Tepantitla.

Se encontraron varias semillas de tuna, además de representaciones y restos de biznagas. También se registraron muchas muestras de capulín cultivado y algunas de tejocote, todos locales.

Consideramos que el tipo de cultivo predominante era el de temporal, especialmente en la llanura aluvial baja. Ciertos autores han propuesto la existencia de agricultura intensiva para tiempos teotihuacanos, a pesar de carecer de pruebas arqueológicas (excepto en Tlailotlacan), pues la mayor parte de las evidencias son posclásicas (Palerm, 1972 y Sanders, 1977). Por último, la zona de los manantiales, en el actual barrio de Puxtla —en San Juan Teotihuacan— pudo albergar algún sistema de canalización, alrededor de parcelas individuales, semejando un sistema de “chinampas secas”; quizá éste fue copiado por los artistas del mural denominado “Tlalocan” de Tepantitla (Angulo, 1964: 49-50; González Quintero y Sánchez Sánchez, 1991). Fuera de estas representaciones, no hay mayor evidencia.

Caza

Una de las escasas fuentes de información sobre los animales aprovechados por los teotihuacanos es la tesis doctoral de Starbuck (1975). Él sostiene que del Preclásico tardío al Clásico hay un cambio en el tipo de recursos faunísticos aprovechados: de un énfasis local (el venado, por ejemplo) a un aprovechamiento regional, quizás abarcando casi toda la cuenca de México (varias especies de aves, tortugas, pescado, mamíferos). Sin embargo, nuestros datos refieren que desde el Preclásico, en sitios como Cuanalan, los grupos que habitaban el valle de Teotihuacan aprovechaban una amplia gama de recursos lacustres, agrícolas y boscosos.

La mayor parte de las proteínas animales de los teotihuacanos provenía del conejo, de la liebre, del venado cola blanca y del perro doméstico (Valadez y Manzanilla, 1988). En menor proporción hallamos también restos de guajolote doméstico, pato, ganso, codorniz, paloma, armadillo, ardilla, tortuga y lagartija.

En contextos rituales de Tetitla y Yahualala se encontraron vestigios de águila, halcón y gallina de monte, y en contextos domésticos de Oztoyahualco, oso y jaguar.

Con relación a las técnicas de caza, sabemos muy poco, excepto que tenemos en el registro arqueológico una profusión de puntas de flecha de obsidiana, además de proyectiles de cerbatana —para aves pequeñas— y posiblemente lanzadardos.

Pesca

Son escasos los restos de peces, la mayoría concentrados en Tetitla y en conjuntos habitacionales como Tlajinga 33 y el que excavamos en Oztoyahualco. Por su reducido tamaño se piensa que provenían del Río San Juan, aunque algunos eran lacustres. Desconocemos las técnicas que usaron para obtenerlos.

Recolección

Las plantas recolectadas estaban destinadas generalmente a la construcción, a la alimentación o a usos medicinales: pino, encino, enebro, tejocote, carrizo, tule, verdolaga, papita silvestre, “tripas de Judas”, “ombbligo de Venus” y zapote blanco.

Respecto a los moluscos, podemos citar la presencia tanto de especies terrestres como marinas (tanto del Pacífico como del Atlántico, predominando el primero), estas últimas foráneas. Tuvieron un uso ritual o de ornato (i.e., *Oliva sp.*).

En un mural de Tetitla observamos a un pescador buceando para sacar moluscos y meterlos en redes que carga al hombro. En la pintura mural del “Tlalocan” de Tepantitla se observa también a individuos que recogen flores, frutos y ramas. Fuera de este tipo de representaciones, no existen evidencias de las técnicas utilizadas.

Debemos resaltar que entre los restos orgánicos hallados en Teotihuacan hay algunos que provienen de sectores de la cuenca de México, tan meridionales como la Sierra de Chichinautzin o la Sierra Nevada (i.e. *Romerolagus diazi*). Por lo tanto, compartimos la idea de McClung de Tapia en el sentido de que más que intensificar la base de subsistencia en el valle de Teotihuacan mismo, los teotihuacanos decidieron extender el área de captación a buena parte de la cuenca de México centro y sur. Es probable que el ritualizar la entrega de excedentes en forma de ofrendas, reforzó el aspecto ideológico del circuito redistributivo.

La pintura central del "Templo de la Agricultura" de Teotihuacan (en la intersección de la Calzada de los Muertos y la Plaza de la Luna) puede ser un caso particular de reiteración de la escena de ofrenda (léase almacenamiento centralizado de excedentes), tal como vemos en los vasos del periodo Uruk en Warka (figura 23). Millon (1967: 152) piensa que las pinturas descubiertas por Leopoldo Batres pueden recrear un lugar de mercado, a lo cual argumento, de manera alternativa, que más bien representa la primera fase del circuito redistributivo, en la que distintas personas están depositando el excedente de producción en forma de ofrendas, frente a los símbolos de los templos.

El problema de la centralización y el almacenamiento de comida y de materias primas merece particular atención. En Mesopotamia, los almacenes estaban integrados arquitectónicamente a los santuarios. En la región andina y en Mesoamérica, deben ser buscados en la vecindad inmediata de las estructuras rituales. Podría pensarse, por ejemplo, que la hilera de cuartos que cierran por el lado sur a los complejos de tres templos en Teotihuacan puede ser un lugar posible para el almacenamiento centralizado.

La centralización de bienes está directamente relacionada con la aparición de técnicas administrativas y de contabilidad. Cuando tocamos el problema de la administración en Mesoamérica, estamos tratando con contextos arqueológicos que no han sido estudiados, y los indicadores arqueológicos particulares aún no han sido definidos. Así, comúnmente escuchamos que se dice de una estructura específica que fue usada con propósitos administrativos, sin conocer por qué se le atribuye esta función particular. El único indicador que ha sido citado es la inexistencia de entierros en su interior (Morelos, en Millon, 1988: 162).

Regresando al problema del almacenamiento en Teotihuacan, uno de los indicadores particulares es el ánfora de la vajilla Anaranjado San Martín (figura 24). Cowgill (1987) establece que ese tipo es común en la fase Xolalpan (400-600 d. C.), especialmente en Tlajinga (donde se localizaron talleres dedicados a su producción), en Ozttoyahualco (sector noroeste), y en una banda de 300 m hacia la parte oeste y norte de la Calzada de los Muertos. Para este último sector, me gustaría proponer que estamos detectando sitios relativos al almacenamiento centralizado. En Ozttoyahualco, las altas densidades de superficie probablemente reflejen una combinación de cerámica doméstica Anaranjada San Martín proveniente de los conjuntos residenciales y algunas procedentes de los complejos de tres templos.

En el conjunto habitacional que excavamos en Ozttoyahualco 15B: N6W3 (Manzanilla y Barba, 1990; Manzanilla, 1993 y Manzanilla, en

prensa. Figura 25), los cuartos de almacenamiento estuvieron siempre representados por cerámica Anaranjado San Martín, grandes cantidades de polen, microfósiles importantes de plantas medicinales económicas, además de bajos valores de pH y carbonatos. Altschul (1981) propone sectores de almacenamiento a partir de un análisis de superficie de otro conjunto en S3W3: cuadrante L3, en el cual observó concentraciones de la cerámica Anaranjado San Martín.

La redistribución de alimentos, materias primas y manufacturas

Con respecto a la redistribución de alimentos, debemos hacer una diferenciación entre el mantenimiento regular de los artesanos y burócratas por el sistema, y las comidas rituales colectivas ocasionales. Para el primer caso, propongo que un indicador probable sería la producción de cerámica estandarizada. Sin embargo, hay muy poco hecho con respecto a este campo. Si usamos como sugerencia el ejemplo de la producción cerámica masiva del periodo Uruk tardío de Mesopotamia, debemos estudiar los cuencos y cajetes teotihuacanos dentro de esta perspectiva. Aún más, sugeriría también que las "tapaollas" con asas —comales portátiles—(figura 26), cuya distribución parece estar relacionada a la arquitectura de alto estatus, puede ser otro ejemplo.

Me gustaría retomar aquí la idea original de Cowgill (1967: 176-183), quien plantea que estas "tapaollas" servían para consumir alimentos a cierta distancia de su lugar primario de preparación, con la posibilidad de que para ser ingeridos, debían ser recalentados. Si los sacerdotes y la burocracia en general comían frecuentemente en estas vasijas, se explicaría entonces su concentración cerca de la Calzada de los Muertos.

Sin embargo, estas "tapaollas" no sólo están distribuidas en residencias de alto estatus, se han encontrado también en contextos domésticos de estatus intermedio, como en el conjunto excavado de Oztoyahualco, junto con vasos Copa, incensarios, cerámica Anaranjada Delgada, cerámica incisa y otros tipos que se han usado como indicadores de alto estatus. Así, tenemos todavía un largo camino por recorrer para poder determinar los patrones de conducta con respecto a cada tipo cerámico, y es una labor que debe ser acompañada de un riguroso registro de las áreas de actividad y de las asociaciones de los artefactos procedentes de excavaciones extensivas, y ya no distribuciones de material de superficie.

Ideológicamente, la actividad redistributiva está en manos de los sacerdotes-administradores dedicados al culto de la fertilidad, que se

reforzaba a través de la recepción de ofrendas donadas por los grupos de diferentes sectores de la cuenca de México, además de las comidas rituales y aperturas de almacenes, tales como las detectadas en dos amplias plazas en Huánuco Pampa, Perú (Morris, 1978). Quisiera sugerir además que el Gran Conjunto, más que un mercado, podría ser un lugar de almacenamiento para los diferentes sectores de la ciudad y también el principal centro de redistribución. Los intereses regionales que Sload (1987) invoca para las unidades habitacionales del Gran Conjunto, pueden tener como propósito precisamente el almacenamiento de productos de los sectores especializados —particularmente de manufacturas— y la posterior canalización a la red redistributiva.

No es por casualidad que la Ciudadela (figura 27) esté situada justo enfrente de este lugar, siendo que el ceremonialismo es una forma de reforzar ideológicamente la donación a los dioses (y a sus sacerdotes). El binomio Gran Conjunto-Ciudadela posiblemente funcionó como una sola institución, encargada de la redistribución de artefactos manufacturados y comidas rituales, además de la administración de toda la red.

La redistribución en manos de los sacerdotes pudo ser reiterada a través de las múltiples representaciones rituales de estos officiantes, de cuyas manos “caían páneles con mantenimientos”: semillas, alimentos, conchas marinas, objetos de jade (v. Millon, 1973 y Miller, 1973). Pero no sólo es visible en la pintura mural, también la podemos apreciar en los incensarios tipo teatro que son representaciones de sacerdotes dedicados al culto de la “Gran Diosa” (Pasztory, 1972) o del “Dios Mariposa”, de cuyas manos caen alimentos y bienes elaborados (Manzanilla y Carreón, 1991. Figura 28).

La redistribución de materias primas exóticas pudo formar parte de un circuito de tránsito restringido (Manzanilla, 1992b).

Con el paso al horizonte Clásico en la cuenca de México, el modelo de redistribución circular implícito en la “simbiosis económica”, pasó de una escala local a una regional, incorporando a toda la cuenca. Teotihuacan sería la sede de un intrincado conjunto de esferas de intercambio, pero principalmente sería el foco redistribuidor de la producción de la región, como Service (1975: 302-303) ha sugerido. Aprovechando su función de gran centro religioso, el sacerdocio pudo concentrar productos de diversos sectores de la cuenca de México, entre los cuales se podrían citar: aves acuáticas, peces, venados, conejos, fibras de maguey, legumbres, juncos, madera y sal. En días de fiestas religiosas, auspiciadas por los sacerdotes del Dios de la Lluvia y de la Agricultura, y los de la Gran Diosa, los productores fluían a la ciudad depositando ofrendas a los dioses, como sugieren los murales del Templo de Agricultura (Miller, 1973 y Angulo, 1985).

Los sacerdotes disponían de almacenes en los recintos alrededor de los templos, y la producción ahí almacenada era en parte redistribuida en forma de comidas rituales y en parte destinada a alimentar a los artesanos dependientes del templo, iniciándose así un circuito de redistribución asimétrica a nivel regional. Cabe destacar que algunas representaciones de sacerdotes teotihuacanos, de cuyas manos fluyen alimentos, podrían aludir a la función de redistribución. Como Fried (1974: 30-31) ha señalado, las ventajas de la redistribución yacen en la diversificación de la dieta y en la seguridad frente a posibles adversidades en la producción de alimentos.

El auspicio de especialistas artesanos

Las manufacturas teotihuacanas gozaron de un gran prestigio en el mundo mesoamericano del horizonte Clásico. Incluso viajaron a regiones distantes como bienes destinados al intercambio a larga distancia. Reseñaremos cuáles fueron las ramas principales de la manufactura, para después abordar el problema de la manutención de ciertos especialistas artesanales por parte del circuito redistributivo.

Lítica

Una de las más destacadas ramas de la manufactura teotihuacana fue la industria de la obsidiana. Tanto la obsidiana gris vetada local (Otumba), como la prestigiada obsidiana verde de la Sierra de las Navajas (Pachuca), fueron trabajadas intensivamente por los habitantes de Teotihuacan (Spence, 1987).

A pesar de que en el reconocimiento de superficie de René Millon se detectaron algunos cientos de concentraciones de obsidiana a las que se les dio el nombre de "talleres", contamos con muy pocos casos de contextos excavados. En general, se concentran en la periferia de la ciudad, especialmente en el sector norte, alrededor de la Plaza de la Luna. De esta ubicación en torno a los templos, ha surgido la consideración de que la fabricación de artefactos de obsidiana era una de las especialidades artesanales auspiciadas por el sacerdocio teotihuacano. A través del tiempo, la creciente especialización artesanal provocó que algunos talleres se dedicaran sólo a la manufactura de navajillas prismáticas, mientras otros elaboraran artefactos bifaciales (cuchillos y puntas). Las técnicas diferían en cada caso; también había una correspondencia relativa con relación al tipo de obsidiana usada.

Otra industria de piedra tallada era la de sílex, que servía para elaborar puntas, raspadores y raederas.

Respecto a la piedra pulida, tenemos las siguientes materias primas: basalto, andesita, arenisca y pizarra. Se ha planteado la existencia de un barrio de lapidarios al noreste de la ciudad, en un sitio llamado Tecopac. El basalto era utilizado para la manufactura de piedras de molienda (muelas y morteros); los desechos de este tipo de trabajo se encuentran hacia el norte, este y sur de la ciudad. También existen alisadores de estuco, goznes de puertas, machacadores y otros objetos de basalto vesicular.

La andesita era usada para lajas de revestimiento y sostén en la arquitectura (ixtapaltetes). La pizarra cumplía fines rituales, muy frecuentemente funerarios.

Por otra parte, podemos mencionar rocas alóctonas con las que se elaboraban figurillas y máscaras (piedras verdes como las serpentinitas y la jadeíta), y algo de turquesa para hacer mosaicos.

Cerámica

A pesar de que, de acuerdo con la información visible en superficie, se han localizado varios talleres de alfarería y de manufactura de figurillas —ya sea muñecas articuladas, figurillas hechas a mano o moldeadas—, son pocos los casos de talleres excavados. Un ejemplo es el taller descrito por Krotser y Rattray (1980) en el área de Tlajinga (hoy San Sebastián), donde se elaboraba la vajilla denominada “Anaranjado San Martín”, que consiste en cazuelas para cocinar y ánforas de almacenamiento. En él existen evidencias de un “horno abierto” en el tepetate; artefactos de barro sólido para dar forma a las vasijas; cuchillos de obsidiana, raspadores y cinceles; moldes y separadores, y la propia materia prima.

Se ha propuesto que en el sitio de Teopancaxco (“Casa de los Barrios”) se fabricase la vajilla “Copa”, la cual consistía en vasos de pasta fina. Las evidencias halladas fueron alisadores de piedra, pigmentos, tiestos sin cocer y otros mal cocidos, pulidores de obsidiana y vestigios de una gran hoguera.

Por último, se encuentra el taller de aplicaciones para incensarios excavado por Carlos Múnera (1985) en el sector norte exterior de la Ciudadela, durante el Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82. Múnera descubrió indicadores de las distintas fases de producción cerámica: la materia prima (tanto arcilla cruda como cocida, mica y pigmentos), instrumentos de trabajo (moldes, hormas, alisadores, navajas, cuchillos, raspadores, manos de mortero, pulidores y punzones), piezas deformes y defectuosas, y un posible “horno” abierto representado por una gruesa capa de ceniza.

La producción alfarera fue una de las ramas de la manufactura que mejor caracterizan a Teotihuacan, ya que se distribuyó por muchas regiones de Mesoamérica. Las formas más características son

los llamados “floreros”, los “candeleros” y los vasos trípodas con tapa (muchos de estos últimos decorados ya sea con incisiones, ya al fresco).

Otros talleres

En Tecopac se han hallado evidencias del trabajo de lapidaria. En otros lugares hay indicios de artesanías de concha, basalto (talleres de piedras de molienda en la periferia norte, este y sur de la ciudad), textiles —al norte de la Ciudadela— y plumería.

Abordemos ahora el problema del auspicio de los artesanos por parte del circuito redistributivo. Con respecto a los trabajadores de la obsidiana, no todos los talleres dependían de la red de redistribución. Siguiendo la clasificación de Spence (1987), sólo se han detectado talleres de recinto cerca de las principales estructuras públicas, y probablemente también talleres regionales, que estaban bajo el control de los sacerdotes. En el primer caso, la distribución de los talleres pudo estar alrededor de la Pirámide de la Luna, en el Gran Conjunto y al noreste de la Ciudadela (Spence, 1987: 434). Los talleres regionales también se localizarían en las principales calles y estructuras. Estos pudieron estar auspiciados por los sacerdotes, para promover sus productos en el intercambio a larga distancia que también controlaban.

Así, la impresión de Spence respecto a que la industria de obsidiana estuvo “administrada” y “altamente centralizada” puede explicarse por el hecho de que éste era el principal producto del circuito redistributivo. Y podemos añadir que al comparar las industrias de obsidiana del Clásico y del Posclásico, esta última se encontraría en manos de especialistas de medio tiempo y mucho menos centralizada (Spence, 1987), debido a que no fue auspiciada por la “esfera del templo” y no fue tan necesaria en el intercambio como en el horizonte Clásico.

Es cierto que los ceramistas se encontraban en un caso similar; uno de los ejemplos que puede ser citado es la enorme cantidad de aplicaciones de incensarios, cuyos moldes se encontraron justo al norte de la Ciudadela (Múnica Bermúdez, 1985). Otros talleres de la vajilla Mate (para anafres, miniaturas, candeleros, como también para vasijas decoradas) pudieron pertenecer a este grupo.

Redes de intercambio a larga distancia y colonias

Es paradójico que, a pesar de contar con mucha información arqueológica, se desconozca cuál fue la organización sociopolítica de Teotihuacan. Esto se debe al hecho de que los indicadores arqueoló-

gicos que puedan estar relacionados con este tema son más difíciles de detectar y estudiar que aquéllos relativos a la subsistencia, por ejemplo. De acuerdo con las diversas manifestaciones pictóricas teotihuacanas, el grupo que con seguridad ocupó la escala social más alta fue el sacerdotal, que se puede reconocer, entre otros atributos, por su bolsa de copal (figura 16). Clara Millon (1973) y Esther Pastory (1978) han interpretado a ciertos personajes representados con tocados de borlas, como representantes —probablemente militares— del Estado teotihuacano en el extranjero. Sin embargo, cabe notar la escasa presencia de representaciones inequívocas de autoridad secular o militar en la ciudad misma —excepto en su fase final.

López Austin (1989: 32), por su parte, concibe a Teotihuacan como el primer sitio donde se dio la transformación de la organización de linaje a un Estado, en el que los antiguos jefes de linaje se separarían, formando un grupo autónomo de burócratas, articuladores y distribuidores de bienes; es decir, de nobles. El nacimiento del Estado derivaría de la presencia de grupos de distinto origen y del ejercicio del poder sobre un territorio.

Ahora bien, con relación a la cuenca de México, es claro que Teotihuacan era el asentamiento más importante; existe la hipótesis aún no comprobada de que El Portezuelo y Azcapotzalco eran centros secundarios dependientes. Además, hay quienes relacionan ciudad con Estado, y de ahí infieren que tenía poder sobre regiones ocupadas por otros grupos étnicos (Bernal, 1965). Sin embargo, la relación no es causal.

La presencia de materiales foráneos en Teotihuacan comprende no sólo materias primas y productos procedentes de regiones tropicales o de tierra caliente, sino que también está relacionada con los dos barrios de extranjeros en la ciudad: el Barrio de los Comerciantes y el Barrio Oaxaqueño. Hay materiales provenientes de los actuales estados de Guerrero, Michoacán, Morelos, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Querétaro, Hidalgo y el área maya.

De igual manera, existen numerosos elementos teotihuacanos en otras regiones de Mesoamérica:

a) La copia del estilo arquitectónico de tablero-talud, adaptado a situaciones regionales. Sin embargo, en fechas recientes se hallaron versiones muy tempranas del tablero-talud, tanto en Puebla-Tlaxcala como en Guatemala (particularmente en Tikal), por lo cual queda abierta la polémica del origen de esta forma arquitectónica.

b) Copias de formas teotihuacanas en arcillas locales de varios sitios, lo cual es indicador del prestigio de las manufacturas de la gran ciudad.

c) Presencia de vasijas y figurillas teotihuacanas, navajillas prismáticas de obsidiana verde de Pachuca y otros objetos teotihuacanos, que pudieron llegar por intercambio a larga distancia o por reciprocidad.

d) Prácticas funerarias de gente teotihuacana en el extranjero, que podrían ser el indicador principal de la presencia física de los teotihuacanos en colonias del Golfo y del sureste.

e) Representaciones de personajes teotihuacanos en estelas mayas y zapotecas, que también hablarían de la presencia física de gente procedente de Teotihuacan. En ocasiones, se ha aludido a esta presencia como una imposición militar, incluso para promover un tipo particular de guerra.

Por lo tanto, para interpretar correctamente estas evidencias, convendría analizar cada caso foráneo y cruzar la información con lo hallado en Teotihuacan.

A nuestro parecer, existieron sitios en Mesoamérica que tenían alianzas políticas con la urbe, según se puede observar en varias estelas y lápidas (Tikal, Monte Albán); otros que eran colonias teotihuacanas en lugares alejados (Kaminaljuyú, Chingú, Maticapan y probablemente Tingambato); otros más pudieron ser centros dependientes por estar dentro de su "órbita ideológica" (Cholula) y, por último, habría sitios con relaciones frecuentes de intercambio (sitios de Veracruz y Puebla, por ejemplo). Se tiene evidencia de que los teotihuacanos estaban explotando recursos como el cinabrio en la Sierra Gorda de Querétaro y quizá en San Luis Potosí. Por otra parte, ya mencionamos la explotación de la obsidiana, especialmente en la Sierra de las Navajas (Hidalgo) y El Chayal (Guatemala), aun cuando también existe la posibilidad de explotación teotihuacana de la obsidiana de Michoacán.

Los valles vecinos a la cuenca de México muestran claramente la presencia de gente teotihuacana en la fase Tlamimilolpa. En el valle de Toluca, los teotihuacanos colonizan nuevos sectores con recursos variados (Sugiura y Fernández, comunicación personal).

En el valle de Puebla-Tlaxcala se constituyó un corredor de sitios teotihuacanos que uniría a la metrópolis con Cholula, pasando al este y sur de La Malinche. Un ramal iría hacia la Costa del Golfo, pasando por la Cuenca de Oriental. De Cholula partirían rutas de intercambio hacia Oaxaca (García Cook, 1981: 267).

Conviene señalar que en Tlaxcala, desde la fase Tezoquipan (400/300 a. C.-100 d. C.), aparecen elementos arquitectónicos antes considerados exclusivos del Clásico: complejos de tres templos alrededor de plazas, uso del estuco pintado y del tablero-talud, existencia de calles y aparición del juego de pelota (como el de Capúlac Concepción).

Durante la fase Tenanyécac (100-650 d. C.) se presenta un periodo de estancamiento y declinación de la población. Sin embargo, en el sector norte existe un área bien definida, habitada por teotihuacanos (80 asentamientos agrupados en bloques). En cambio, al sur se

presenta la Cultura Cholula, con centros como Manzanilla, San Mateo, Flor del Bosque, relacionados con Teotihuacan, Monte Albán y la costa del Golfo.

En el valle de Morelos, en particular la región del río Amatzinac, existen fuertes similitudes entre los complejos cerámicos que Teotihuacan distribuyó: Anaranjado Delgado y Vajilla "Granular", además de las miniaturas, vasos trípodes, incensarios tipo "teatro" y figurillas. El control teotihuacano sobre esta región provocó importantes cambios demográficos: de una división bipartita característica del Formativo terminal, se pasó a un sistema dominado por un solo centro administrativo regional: San Ignacio (Hirth, 1978: 325).

Aunque existen evidencias de ocupación preclásica y clásica en Xochicalco (Morelos), su auge está ubicado en el epiclásico (600-900 d. C.). Es heredero de la tradición teotihuacana; sin embargo, también recibe influencias de grupos zapotecos, mixtecos, veracruzanos y mayas.

Otro sitio que surge como respuesta a la "baleanización" del epiclásico es Cacaxtla. Este asentamiento y Xochicalco tienen similitudes en cuanto al tipo de asentamiento, con la zona cívico-ceremonial en la cima y con los primeros ejemplos de clara arquitectura defensiva: fosos, murallas y bastiones.

Cacaxtla y Cholula fueron sitios conquistados por los olmeca-xicalanca que desplazaron a las poblaciones anteriores pertenecientes a la órbita teotihuacana. Tula también recibió la herencia teotihuacana, pero pronto fue testigo del arribo de grupos procedentes del Bajío y del noroeste de México.

Así, los centros epiclásicos vierten la herencia teotihuacana en un crisol donde se funden otras tradiciones, que da como resultado la atmósfera competitiva del Posclásico.

El problema de las relaciones entre Teotihuacan y el resto de Mesoamérica no es tan sencillo de resolver. Recientemente, Millon (1988) presentó un resumen de los datos que se tienen hasta el momento. Sin embargo, me gustaría añadir algunas consideraciones con respecto al flujo de bienes exóticos provenientes de regiones como las tierras bajas mayas, en tanto que flujos altamente controlados.

Propongo que las materias primas de alto estatus que procedían de otras regiones (cacao, conchas marinas, plumas, miel, incienso, copal, jadeíta, serpentina, hematita, cinabrio, malaquita) son productos de circulación restringida. Muchos de ellos fueron consumidos directamente en las actividades rituales; así, el sacerdocio estaba involucrado en su abastecimiento.

Una de mis propuestas es que el flujo de bienes alóctonos se controlaba a través de los emisarios del templo, en particular en cuatro posibles colonias donde los emisarios de Teotihuacan vivían junto

con los grupos locales: Matacapán (al este), Kaminaljuyú (al sur), y tal vez Alta Vista (al norte) y Tingambato (al oeste). Este tipo de colonias nos recuerdan a las que probablemente tenía establecidas Tiwanaku en la costa y en los valles de las tierras bajas de la región centro-sur andina (por ejemplo Moquegua, en la costa peruana).

El tocado de borla que propone Clara Millon (1973) como símbolo político de Teotihuacán en regiones extranjeras podría ser la característica básica de estos emisarios; el mismo tocado es portado por los sacerdotes en diferentes pinturas murales. Es por esto que no debe sorprendernos que algunos de los personajes sean representados con armas en contextos mayas, tomando en cuenta que viajar largas distancias desde el Altiplano Central de México no debió ser una labor fácil.

Hablemos ahora de la obsidiana, por ejemplo. Si la obsidiana de Teotihuacán llegó a Tikal en pequeñas cantidades (1%) y si no era a través del intercambio de mercado, sino como regalo entre los grupos de alto estatus (Sidrys, 1977 y Spence, en Millon 1988: 119), entonces podemos pensar que uno de los productos que llevaban consigo los emisarios teotihuacanos era la obsidiana en forma de núcleos prismáticos y algunos bifaciales.

Un circuito diferente pudo involucrar a los productos del Valle de Oaxaca y de la Costa del Golfo. El Barrio de los Comerciantes y el Barrio Oaxaqueño en Teotihuacán muestran bienes que no son precisamente de alto estatus: cerámica y algunos otros bienes manufacturados. Millon (1988: 127) se ha preguntado si estos extranjeros en verdad eran mercaderes.

Así, la esfera redistributiva en manos de los sacerdotes teotihuacanos actuaría contemporáneamente a otras esferas, pero cada una tendría distinta repercusión social. Podemos pensar que la esfera básica era la local, en la que los distintos productores de cada aldea obtendrían, por medio de trueque, la mayor parte de los bienes que les hacía falta.

Otra esfera sería la de los emisarios de la teocracia teotihuacana, enviados a regiones lejanas, como Guatemala, para regalar obsidiana verde de Pachuca a la élite maya y distribuir cerámica pintada, intervenir en la organización de la circulación de obsidiana del altiplano guatemalteco (hecho que explicaría la presencia de una colonia teotihuacana en Kaminaljuyú, cerca de los yacimientos de obsidiana de El Chayal, en Guatemala), y traer a Teotihuacán materias preciadas como plumas de quetzal, jadeíta o serpentina. Estos emisarios son representados como nobles, por lo que podemos pensar en una relación estrecha con el sacerdocio.

Una cuarta esfera sería la de los representantes de otras regiones mesoamericanas que traían sus productos a Teotihuacán. El "Barrio

Oaxaqueño" y el "Barrio de los Comerciantes" serían sectores habitados por gente procedente del valle de Oaxaca, de la costa del Golfo y quizá del área maya. De estas dos últimas regiones provenían no tanto emisarios de otras teocracias, sino probablemente los primeros ejemplos de comerciantes procedentes de sociedades en las que el palacio, y no sólo el templo, tenían un peso considerable en los sistemas de control. Sin embargo, la estructura, que ya hemos propuesto no permitía más que una circulación restringida de los bienes autóctonos. Es decir, que para entonces la centralización de la circulación de bienes por parte de la teocracia teotihuacana contrastaba con un movimiento más libre en el área maya, sin por ello negar allá también la existencia de distintas esferas de intercambio.

De lo anterior, se desprenden las siguientes conclusiones aún hipotéticas:

1. En Teotihuacan y, en general, durante el horizonte Clásico de la cuenca de México no existía aún la institución del mercado, como en los tiempos mexicas.

2. A semejanza del periodo Uruk de Mesopotamia, los templos y sus sacerdotes organizaban no sólo el culto, sino también un gran circuito redistributivo de bienes que incluía como corolario la posibilidad de mantener a especialistas en artesanías, especialmente los que tallaban la obsidiana para obtener navajillas prismáticas, los que hacían cerámica suntuaria y los que elaboraban discos de pizarra con incrustaciones; es decir, bienes de circulación restringida. Además, el sistema incluía a emisarios nobles que viajaban a las colonias teotihuacanas, en especial a Kaminaljuyú. De esta relación se derivó no sólo un flujo de bienes suntuarios, sino también un intercambio de ideas relativas al calendario y a la religión.

3. Trueque entre productores, gente foránea trayendo bienes autóctonos ya manufacturados, redes redistributivas para asegurar la concentración del excedente y el auspicio de los artesanos, intercambio a larga distancia entre los emisarios de las élites de los templos, todos son circuitos que quizá coexistieron, involucrando diferentes bienes y sectores sociales (Manzanilla, 1992b).

En resumen, podemos decir que, para la primera fase de centralización a gran escala, el templo fue la institución-eje del sistema. Pero agregaremos que estas ideas no implican que en Teotihuacan todo haya sido paz. Debemos abrir la posibilidad de que los sacerdotes más importantes en algún momento hayan competido por el control de las esferas redistributivas; mas esta competencia no tiene la misma escala ni la repercusión de los fenómenos que se dieron en el Posclásico, cuando el palacio era el motor de creación de un Estado tributario.

Oaxaqueño” y el “Barrio de los Comerciantes” serían sectores habitados por gente procedente del valle de Oaxaca, de la costa del Golfo y quizá del área maya. De estas dos últimas regiones provenían no tanto emisarios de otras teocracias, sino probablemente los primeros ejemplos de comerciantes procedentes de sociedades en las que el palacio, y no sólo el templo, tenían un peso considerable en los sistemas de control. Sin embargo, la estructura, que ya hemos propuesto no permitía más que una circulación restringida de los bienes autóctonos. Es decir, que para entonces la centralización de la circulación de bienes por parte de la teocracia teotihuacana contrastaba con un movimiento más libre en el área maya, sin por ello negar allá también la existencia de distintas esferas de intercambio.

De lo anterior, se desprenden las siguientes conclusiones aún hipotéticas:

1. En Teotihuacan y, en general, durante el horizonte Clásico de la cuenca de México no existía aún la institución del mercado, como en los tiempos mexicas.

2. A semejanza del periodo Uruk de Mesopotamia, los templos y sus sacerdotes organizaban no sólo el culto, sino también un gran circuito redistributivo de bienes que incluía como corolario la posibilidad de mantener a especialistas en artesanías, especialmente los que tallaban la obsidiana para obtener navajillas prismáticas, los que hacían cerámica suntuaria y los que elaboraban discos de pizarra con incrustaciones; es decir, bienes de circulación restringida. Además, el sistema incluía a emisarios nobles que viajaban a las colonias teotihuacanas, en especial a Kaminaljuyú. De esta relación se derivó no sólo un flujo de bienes suntuarios, sino también un intercambio de ideas relativas al calendario y a la religión.

3. Trueque entre productores, gente foránea trayendo bienes autóctonos ya manufacturados, redes redistributivas para asegurar la concentración del excedente y el auspicio de los artesanos, intercambio a larga distancia entre los emisarios de las élites de los templos, todos son circuitos que quizá coexistieron, involucrando diferentes bienes y sectores sociales (Manzanilla, 1992b).

En resumen, podemos decir que, para la primera fase de centralización a gran escala, el templo fue la institución-eje del sistema. Pero agregaremos que estas ideas no implican que en Teotihuacan todo haya sido paz. Debemos abrir la posibilidad de que los sacerdotes más importantes en algún momento hayan competido por el control de las esferas redistributivas; mas esta competencia no tiene la misma escala ni la repercusión de los fenómenos que se dieron en el Posclásico, cuando el palacio era el motor de creación de un Estado tributario.

Algunas de las causas que René Millon (1988: 149) involucra para el fin de Teotihuacan, son las siguientes: mala administración en el campo económico y político, total inflexibilidad frente a cambios, burocracia ineficiente e incompetente y deterioro de las redes de intercambio. Naturalmente la complejidad de la articulación entre todos los circuitos y sectores sociales provocaba un frágil equilibrio en la sociedad teotihuacana, en la que la ideología era el principal factor de integración.

Los reajustes que la población tuvo que enfrentar en el epiclásico, el surgimiento del palacio como la institución rival del templo, el principio de una era en la que las esferas política y religiosa se separaron, abren una nueva perspectiva en la historia mesoamericana, en la que la dominación a través del tributo sería la clave para el estado territorial del horizonte Posclásico. Consideramos que en Tiwanaku ocurrió algo muy similar.

Reconsideraciones

La aparición del palacio a principios del tercer milenio a. C. en Mesopotamia está relacionada con una serie de factores que rompieron con el patrón redistributivo. Entre éstos cabe citar la aparición de la tecnología del bronce, el uso de la rueda en el transporte, el desarrollo de las ciudades-Estado y el inicio de las dinastías históricas de reyes. Templo y palacio coexisten, cada uno con su esfera económica propia; mas en el palacio comienza a manifestarse una nueva dimensión: la apropiación de riqueza, producto de los botines de guerra, y la incorporación de tierras marginales. El fin del Dinástico Temprano está marcado por la aparición de un nuevo tipo de organización: el Estado territorial tributario en manos de los acadios.

En el altiplano central de México, al desintegrarse tanto el patrón de centralización del Clásico, como el control ideológico del templo sobre la comunidad, surge un nuevo tipo de conquista de las regiones inmediatas, con el fin de asegurar tributo con el respaldo del ejército. El patrón tributario reemplaza a la redistribución como forma centralizada de concentración de plusproductos. Sin embargo, aún en tiempos mexicas observamos reductos de la redistribución, como Carrasco (1982) ha señalado.

Por otra parte, está la relación entre palacio y mercado. Carrasco ha destacado (1983: 75) que el establecimiento de mercados en el Posclásico se describe en las fuentes como resultante de decisiones políticas, convirtiéndose así en una institución controlada. El mercado sustituyó a las esferas locales de intercambio, y en parte a la redistribución, en lo que concierne al abastecimiento de alimentos, herramientas y vestimenta. Por otra parte, el tributo surge como la forma en que el palacio asegura su esfera de concentración de bienes.

Por último, el sistema de colonias implantado por Teotihuacan para concentrar productos exóticos es reemplazado por la *pochteca-yotl*. Sabemos por las fuentes del XVI que los *pochtecas* comerciaban con materias primas exóticas y artesanías especializadas, en forma correspondiente a lo que podemos esperar de los emisarios del templo del Clásico, pero con cierta libertad de acción. Por lo menos parece que la relación más estrecha la guardan con el palacio.

La aparición del palacio en Mesopotamia y en el centro de México produjo algunos efectos similares. Sin embargo, como el altiplano central mexicano era una región de productos diversificados, el control económico y político de ésta llevó consigo la formación de vastos Estados con capitales únicas. Por otro lado, en aquellas regiones de recursos homogéneos, como el área maya o la baja Mesopotamia, se desarrolló una pléyade de centros autónomos, y fue en fases posteriores y de duración limitada que observamos Estados territoriales o confederaciones.

En el esquema evolutivo que Elman Service (1971, 1975) propone, la redistribución fue una de las características principales del cacicazgo; por lo tanto, parecería extraño que lo mencione como un fenómeno básico de las sociedades urbanas tempranas. Sin embargo, debo subrayar que no existe la contraparte etnográfica de este tipo de sociedad, así que es difícil poder definir las de manera precisa como se ha hecho para las bandas, las tribus, los cacicazgos y los estados.

La ventaja de la redistribución a una escala local fue:

1. Tener almacenado un excedente que permitiera hacer frente a las futuras cosechas y a algunas eventualidades del ciclo agrícola, constituyendo así un depósito de bienes diversos provenientes de los distintos sectores de especialistas.
2. Ser la base de la alimentación de los especialistas que no se dedicaban a la producción de alimentos.
3. Constituir un depósito destinado al intercambio de larga distancia (Manzanilla, 1985a).

En una escala más vasta, Isbell (1978: 306-307) proponía que en aquellas áreas donde las perturbaciones energéticas son comunes, había dos alternativas:

A. La primera consiste en provocar un descenso demográfico o provocar cambios en la organización social.

B. La segunda alternativa es inclinarse a favor de esferas redistributivas cada vez más amplias. Esta última fue escogida en la región de Los Andes centrales, y probablemente también en el centro de México durante el Clásico. Morton Fried (1974: 30-31) añade que las ventajas de la redistribución no sólo están ligadas a la seguridad en caso de adversidades, sino también en la diversificación de la dieta.

Dentro de la esfera social, la redistribución implica grandes cantidades de excedente y un grado creciente de estratificación, como Frank Hole (1974) ha establecido. Así, tenemos que los componentes básicos de la sociedad urbana temprana son: centralización del excedente, una compleja división del trabajo, redes de intercambio a larga distancia y estratificación social creciente, fenómenos que pueden ser explicados a partir de la organización redistributiva descrita anteriormente.

Concluiremos señalando que el circuito redistributivo revestido de un fuerte contenido ideológico, fue el elemento clave para entender la importancia económica y religiosa que Teotihuacan, Tiwanaku y los centros protosumerios tuvieron. Este circuito permitió el auspicio de artesanos, burócratas y sacerdotes, además de emisarios destinados al intercambio a larga distancia. El establecimiento de colonias en sitios de recursos diversificados complementó el sistema económico, permitiendo la afluencia de bienes de otras regiones. El sacerdocio en el poder estuvo a cargo de la supervisión del circuito.



Figura 1. Vista de Tiwanaku

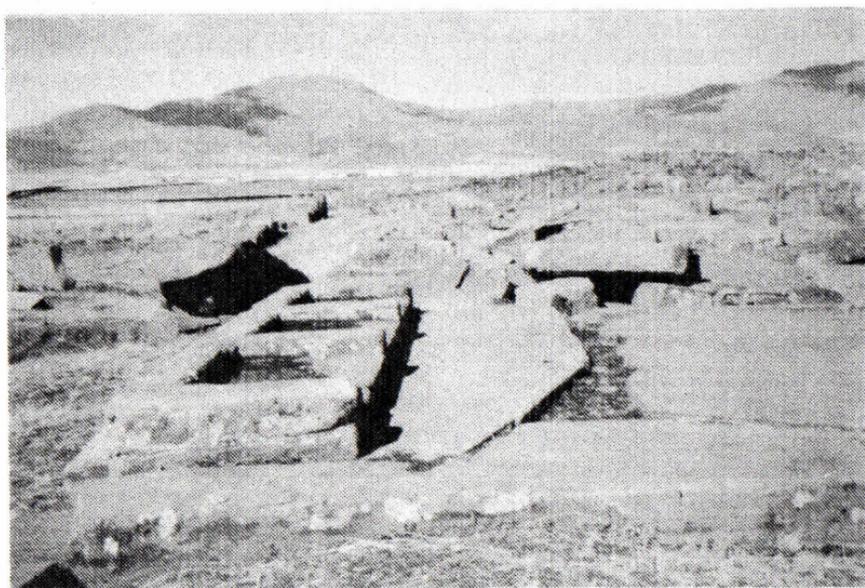


Figura 2. Puma Punku de Tiwanaku

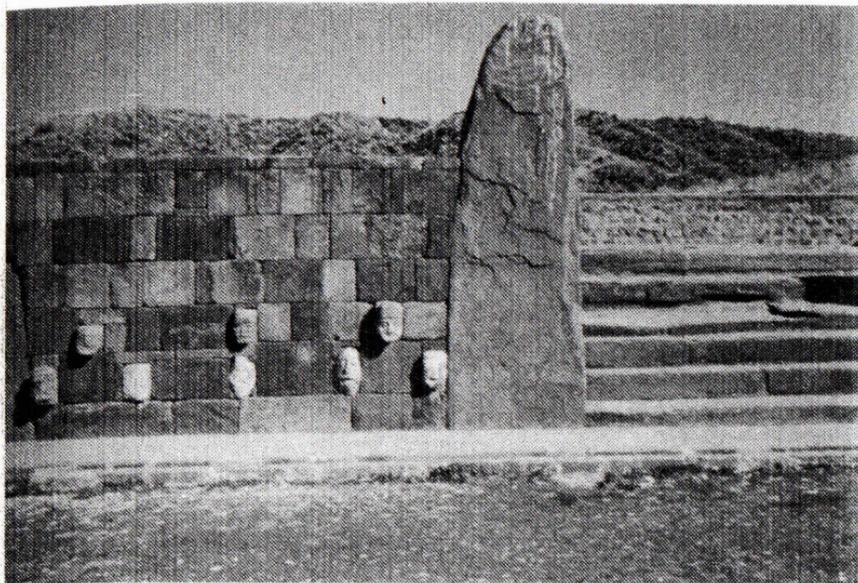


Figura 3. Estilo arquitectónico de Tiwanaku

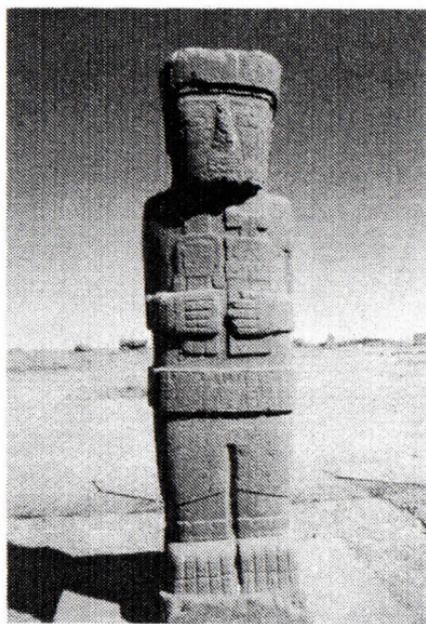


Figura 4. Labrado de piedra en Tiwanaku

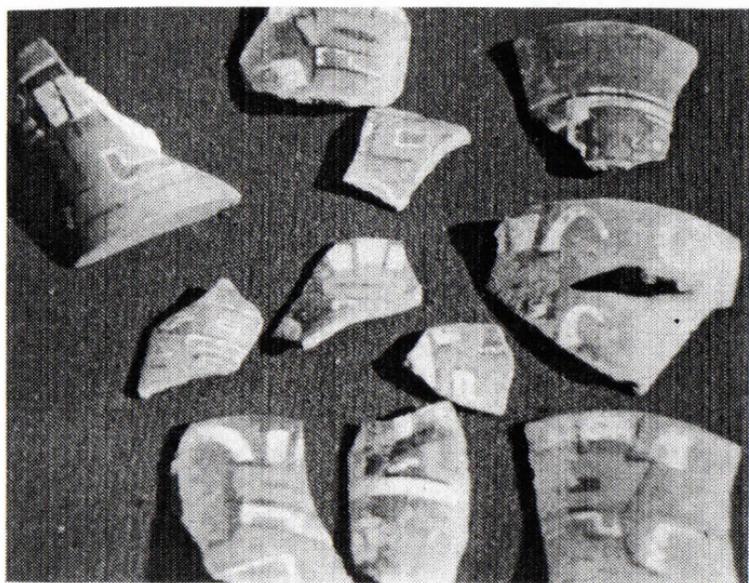


Figura 5. Cerámica policroma de Tiwanaku

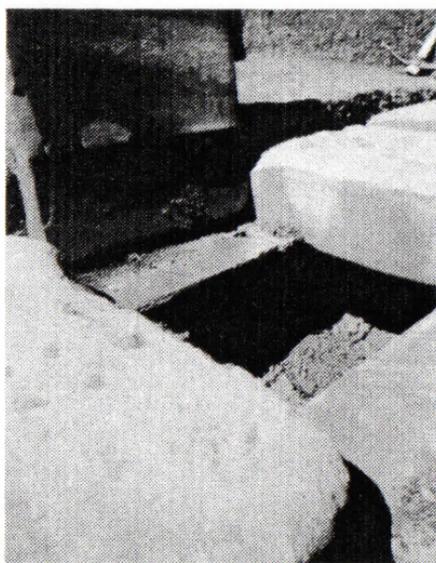


Figura 6. Uso de grapas de cobre entre bloques

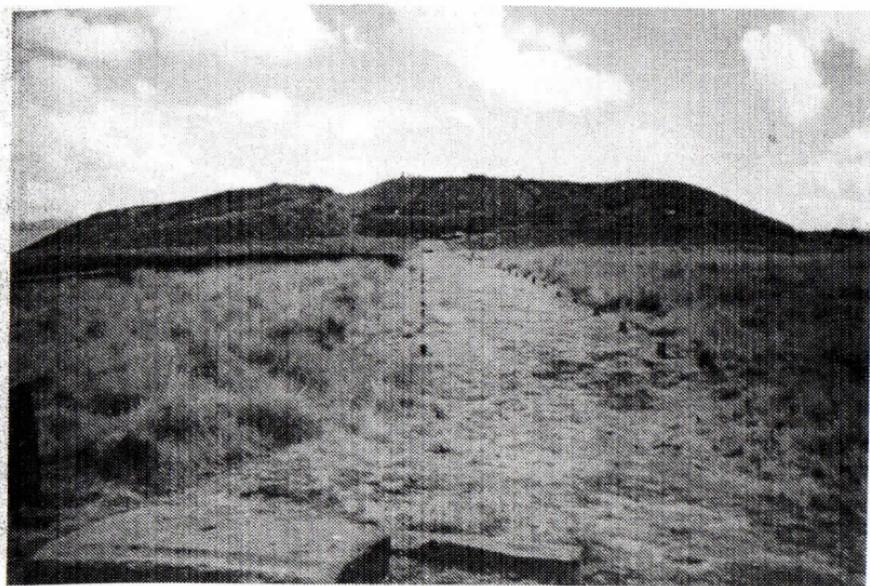


Figura 7. Pirámide de Akapana

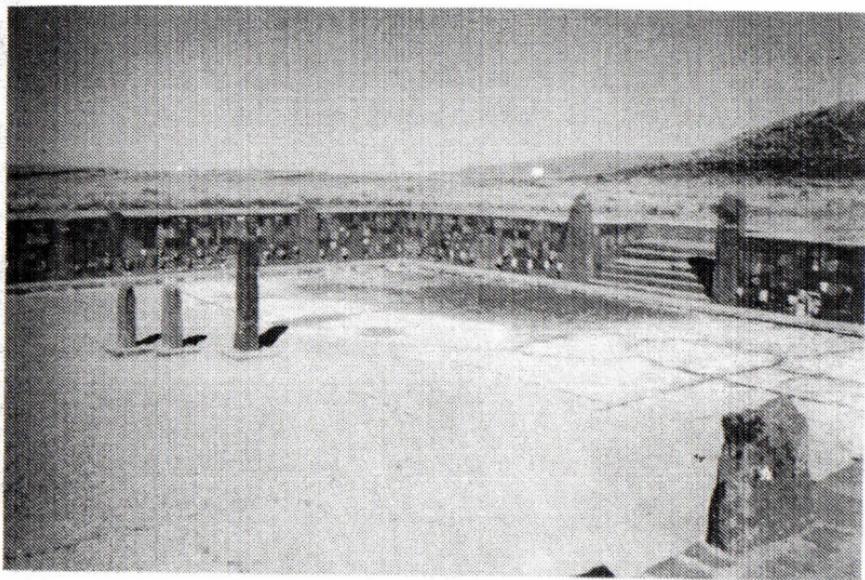


Figura 8. Templo semisubterráneo

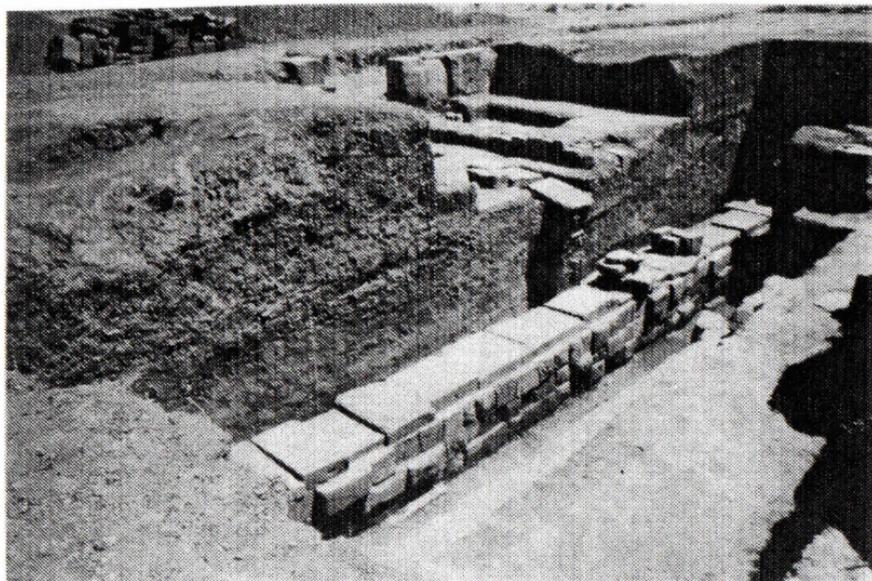


Figura 9. Canal de desagüe en Tiwanaku

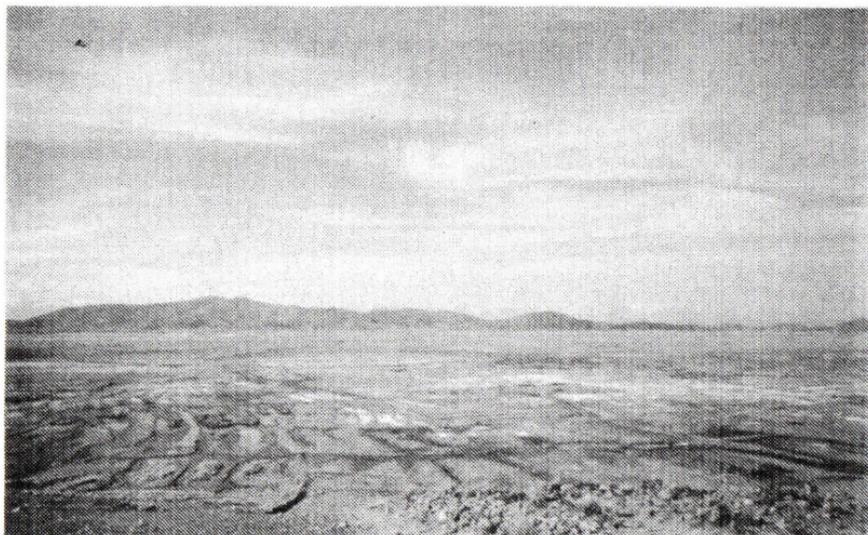


Figura 10. Campos elevados en Lacaya

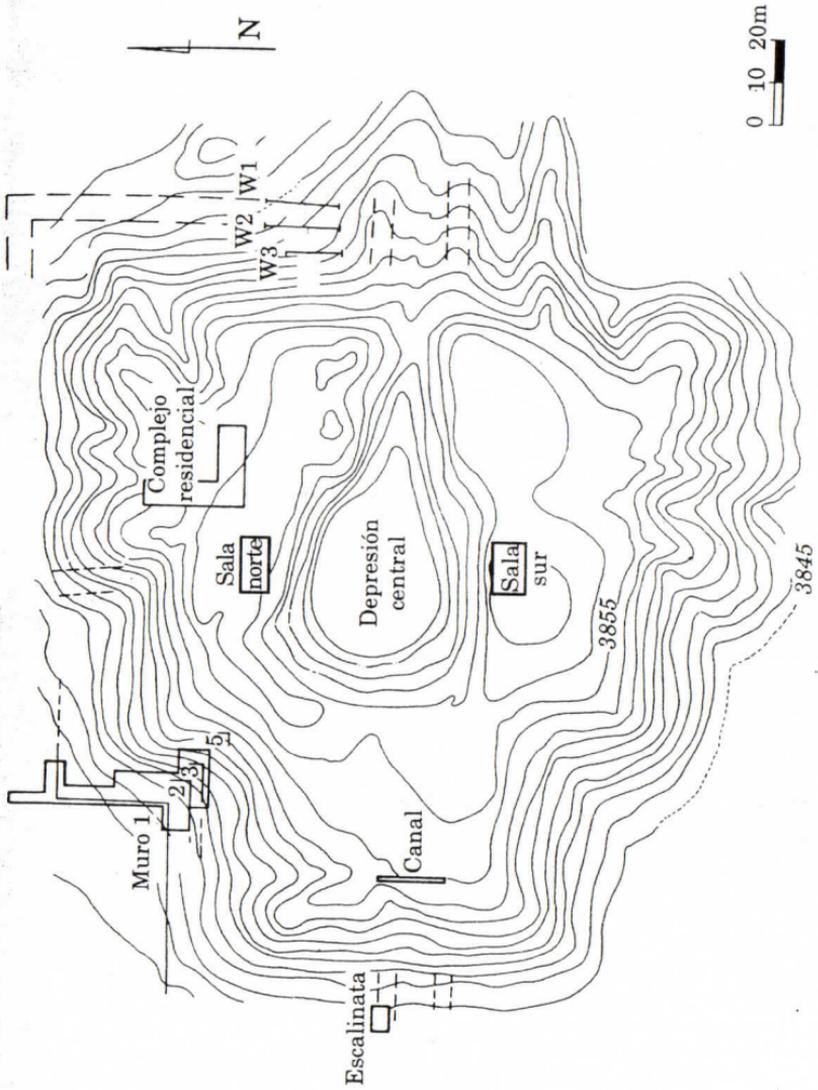


Figura 11. Mapa de la pirámide de Akapana

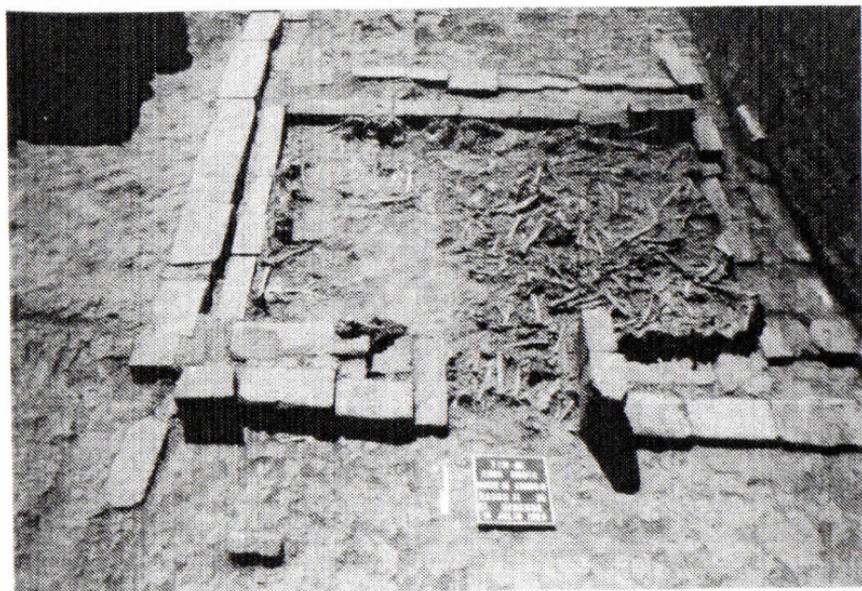


Figura 12. Ofrenda de camélidos en el cuarto 11 de Akapana

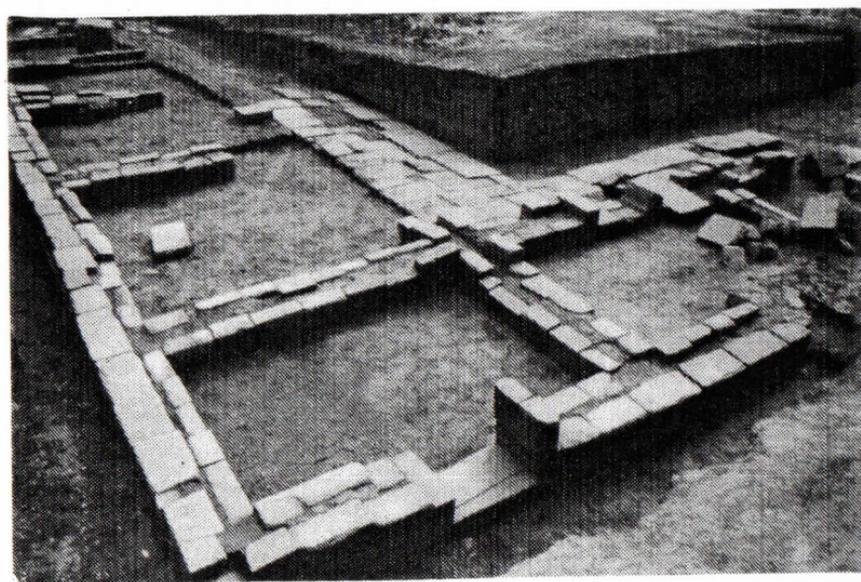


Figura 13. Habitaciones de los sacerdotes en la cima de Akapana

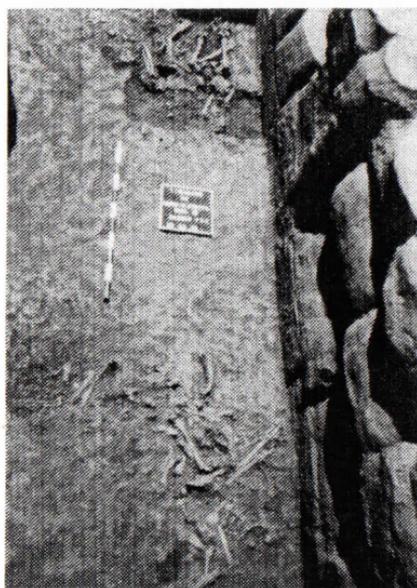


Figura 14. Restos humanos en la base de la pirámide de Akapana

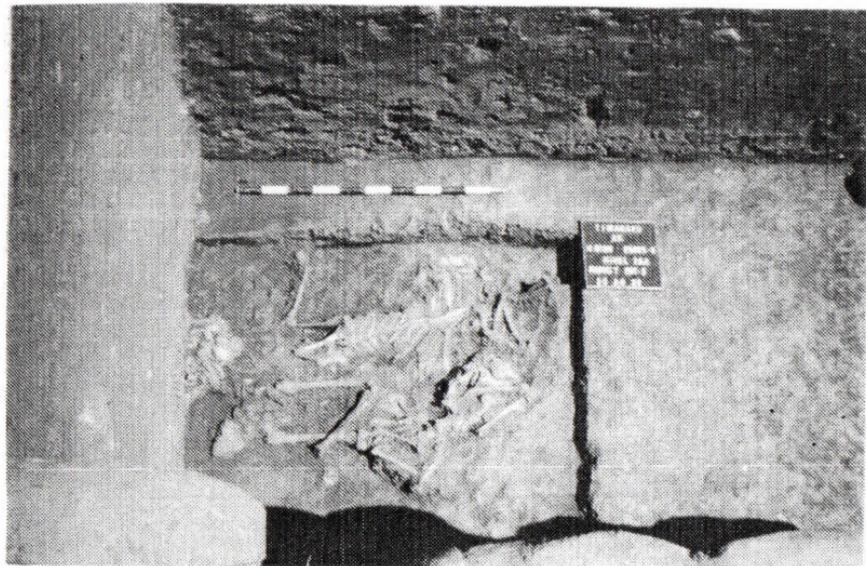


Figura 15. Restos de camélidos en la base de Akapana

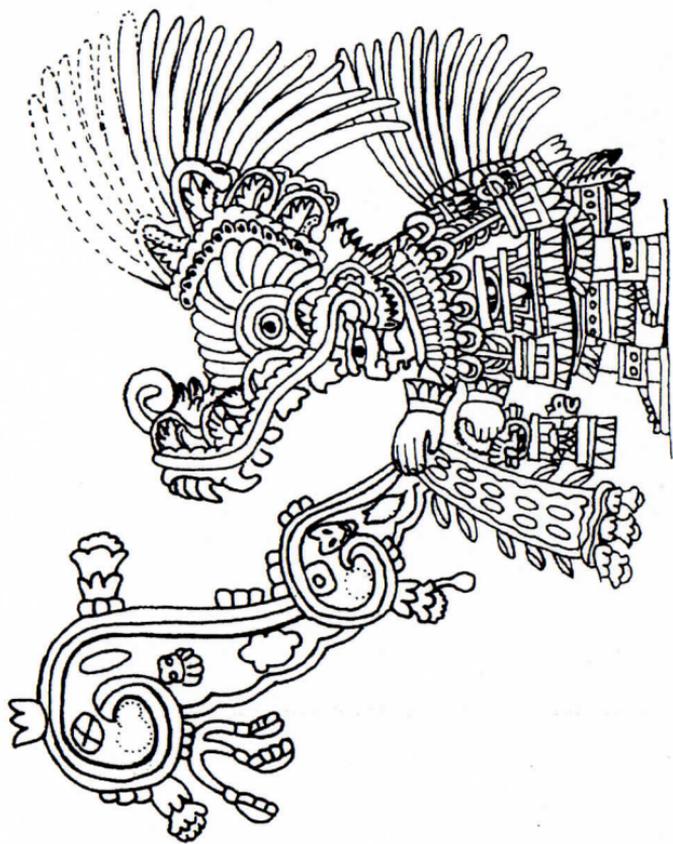


Figura 16. Representación de un sacerdote en el arte mural de Teotihuacan

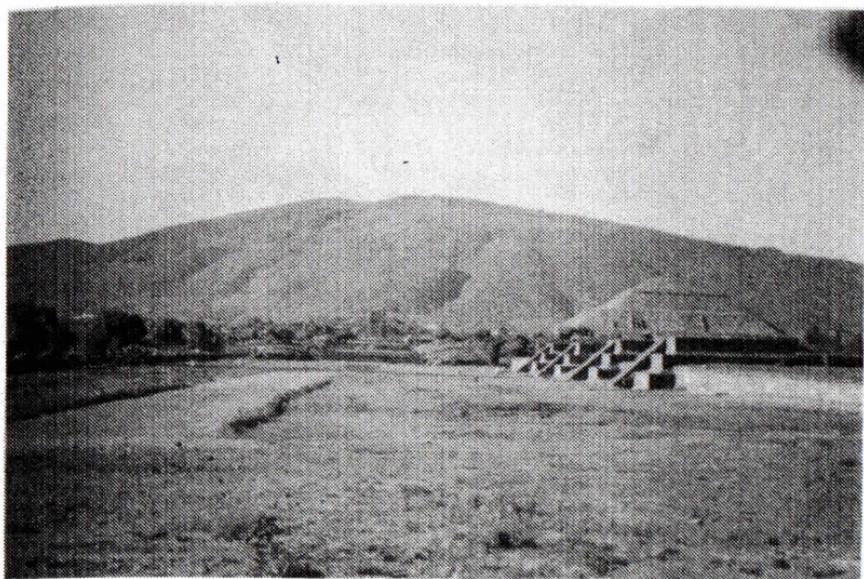


Figura 17. Vista de Teotihuacan (de sur a norte)

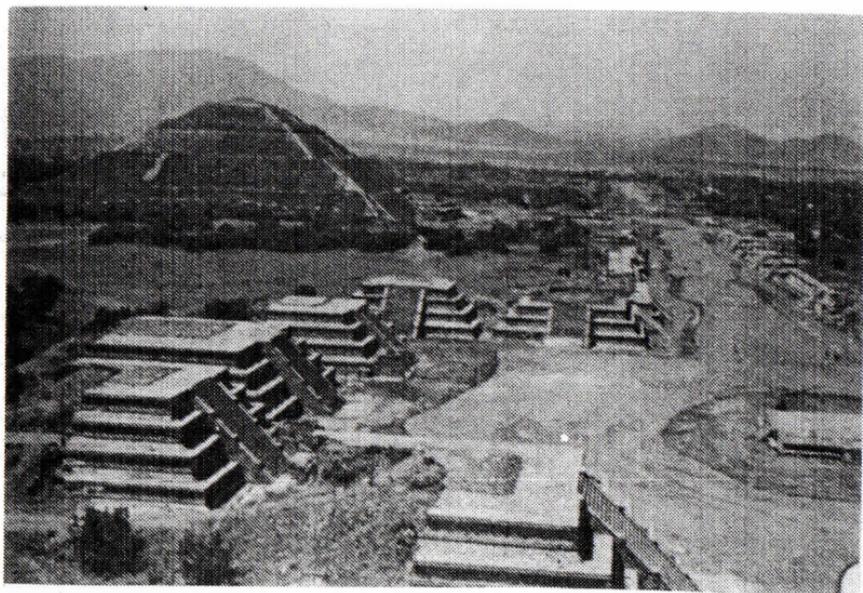


Figura 18. Planificación urbana de Teotihuacan (de norte a sur)

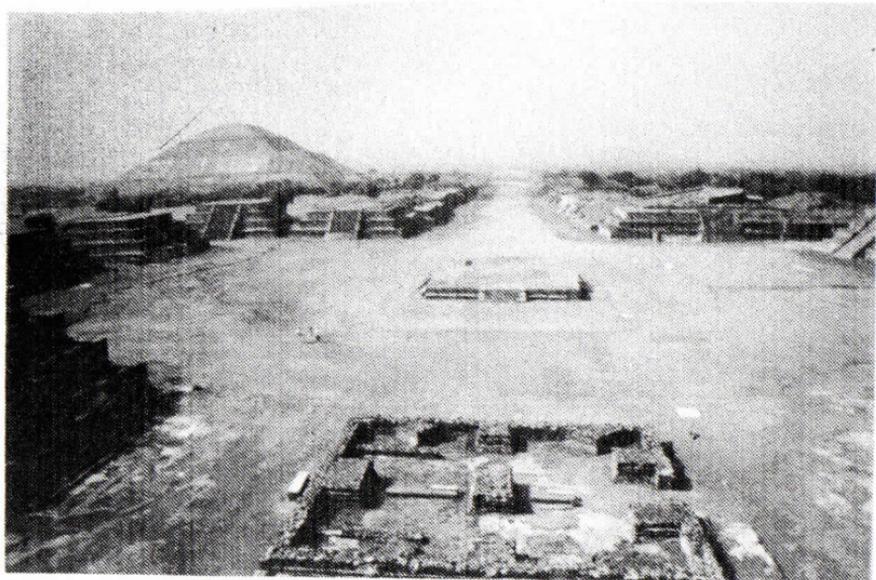


Figura 19. Calzada de los muertos

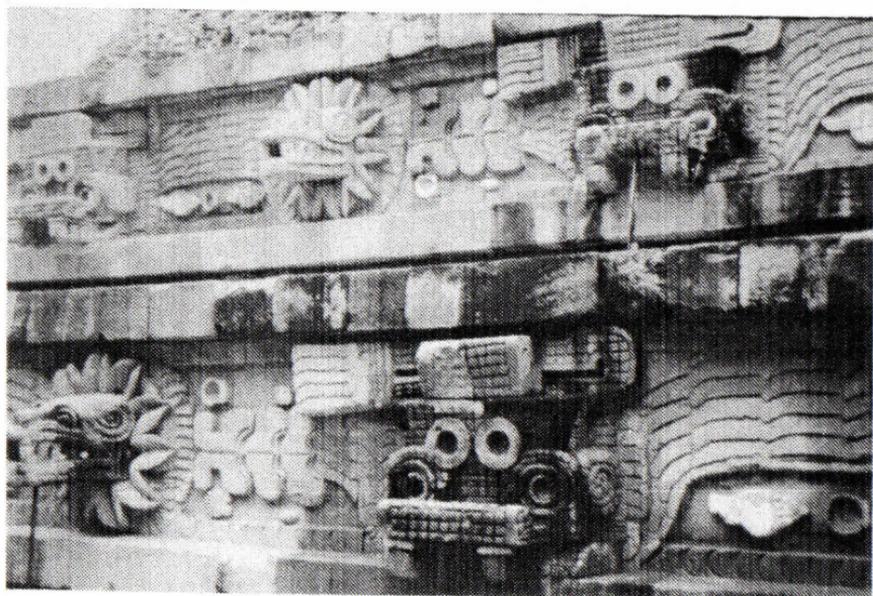


Figura 20. Templo de Quetzalcoatl

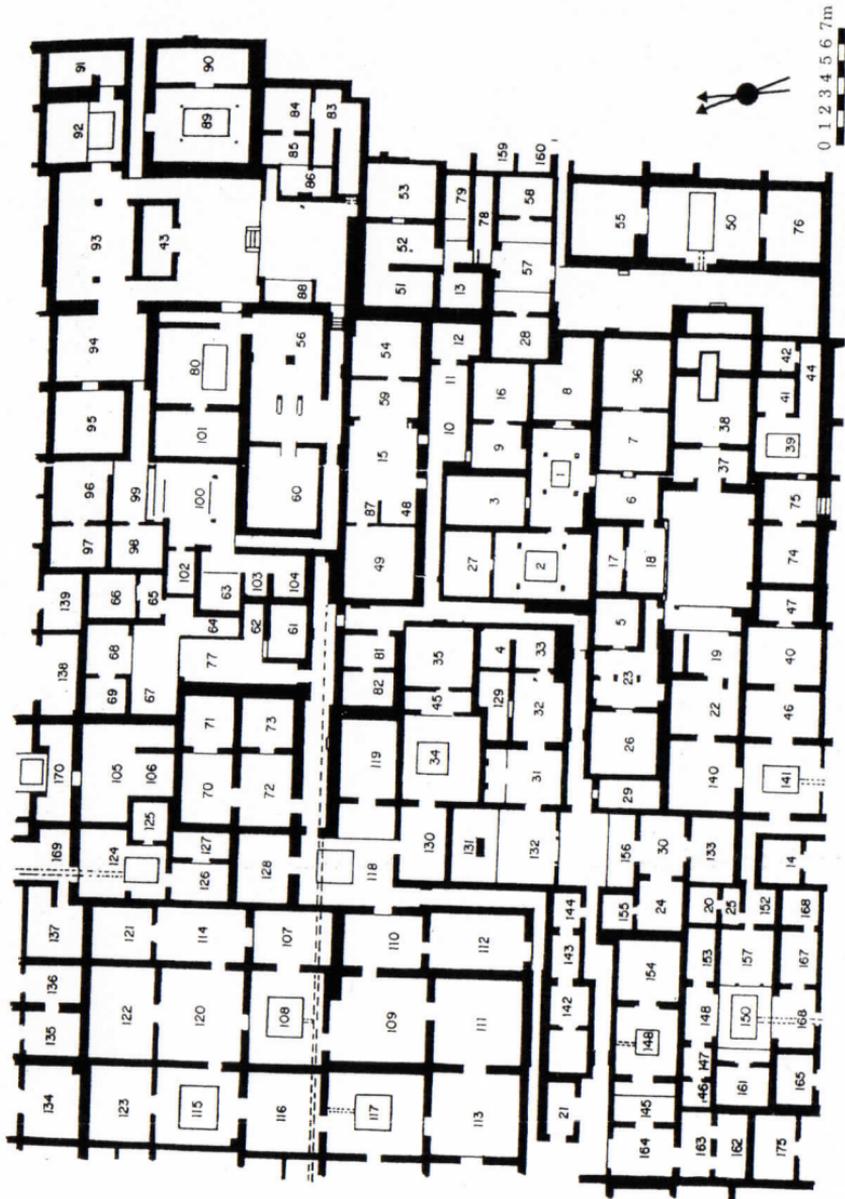
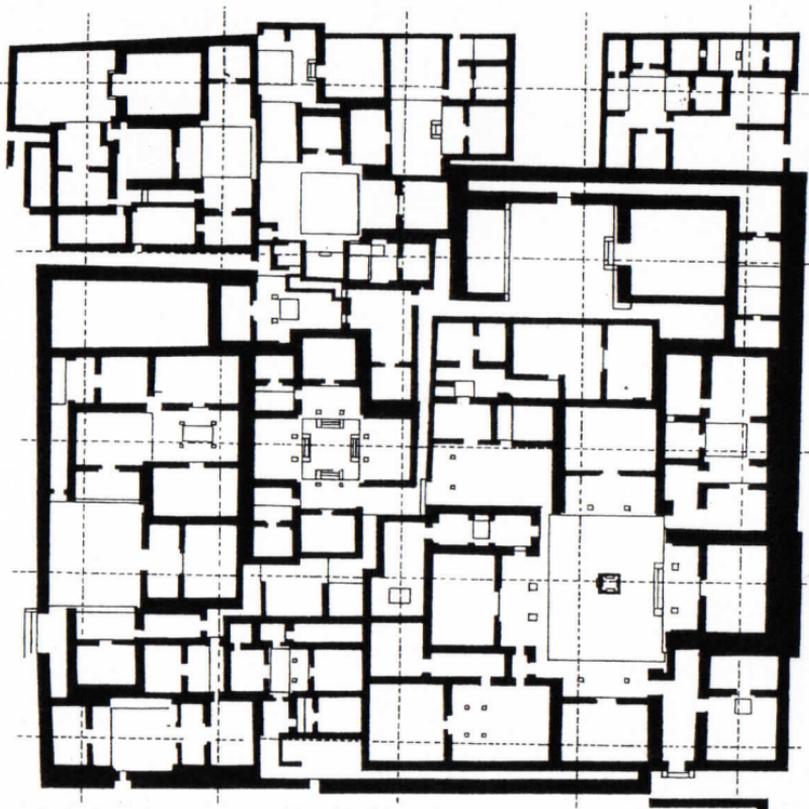


Figura 21. Tlamimilopa



Escala

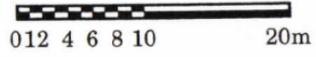


Figura 22. Tetitla

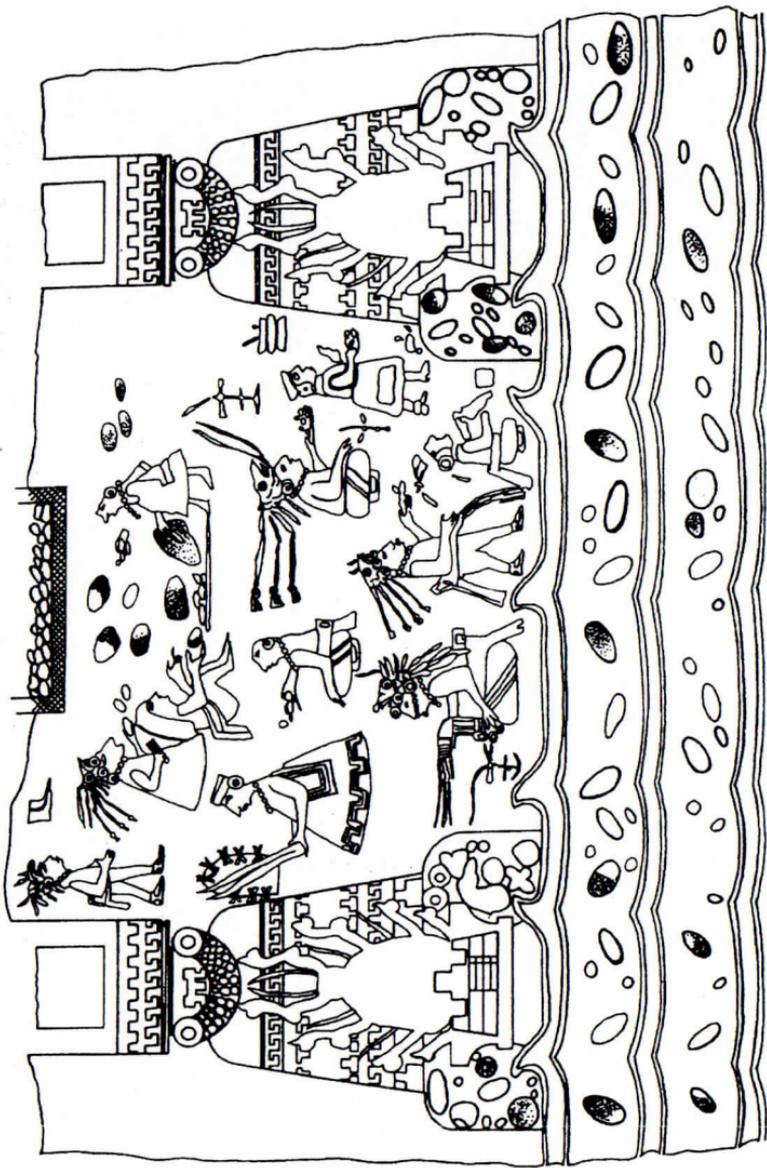


Figura 23. Pintura central del templo de la agricultura en Teotihuacan

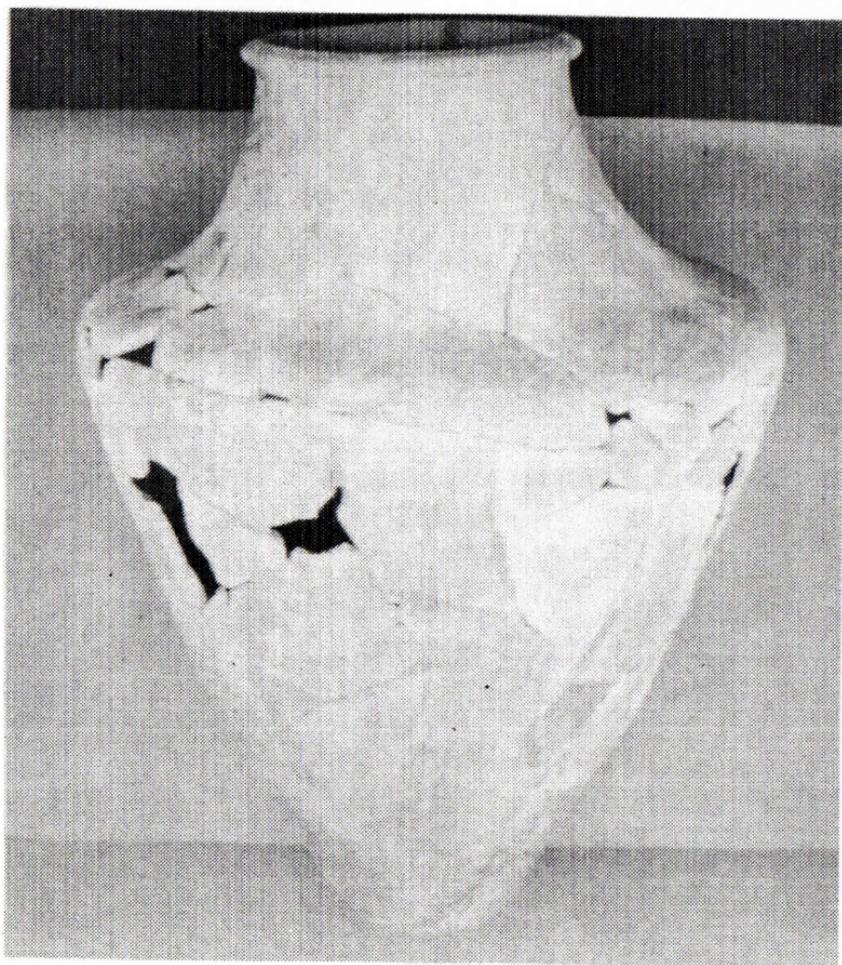


Figura 24. Ánfora de almacenamiento Anaranjado San Martín

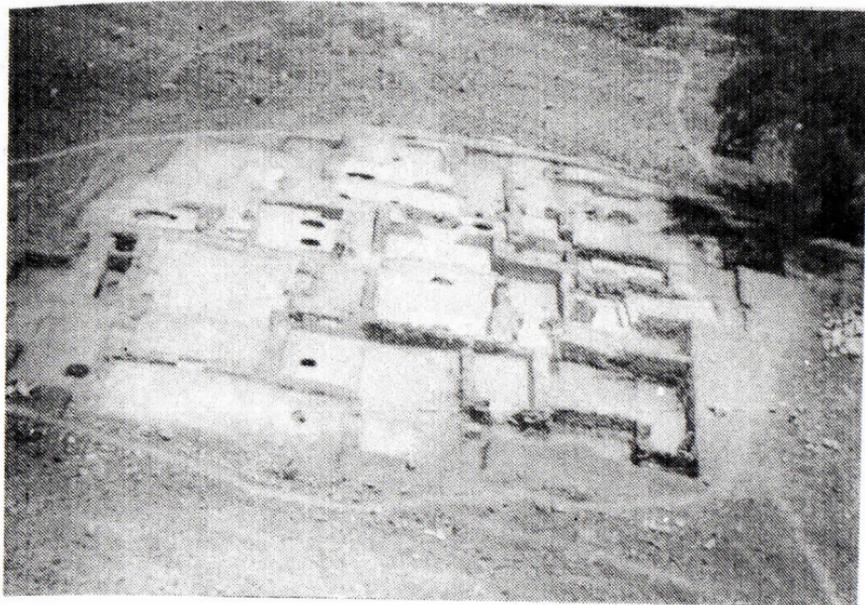


Figura 25. Conjunto habitacional teotihuacano excavado por la autora en Oztoyahualco 15B: N6W3

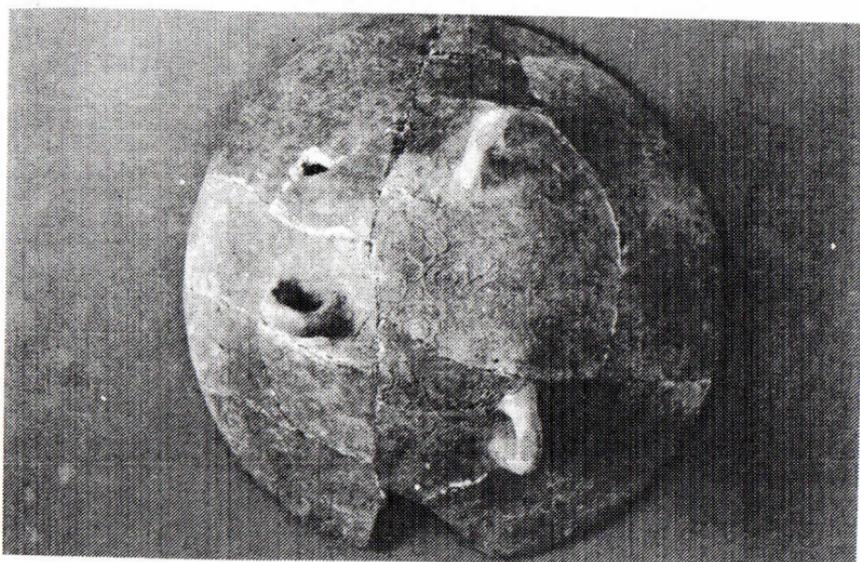


Figura 26. "Tapaollas" con tres asas

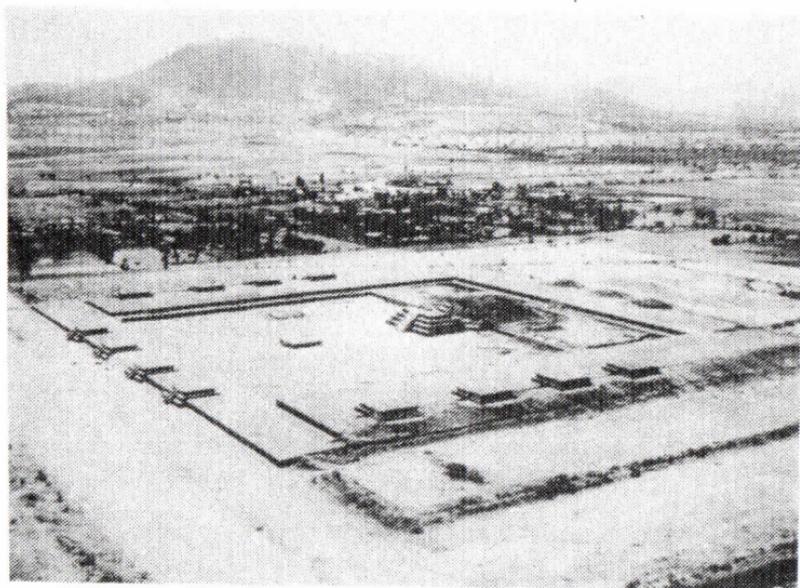


Figura 27. "Ciudadela"



Figura 28. Incensario tipo teatro con representaciones de maíz, calabaza, flor de calabaza, algodón, tortillas y tamales hallado por la autora

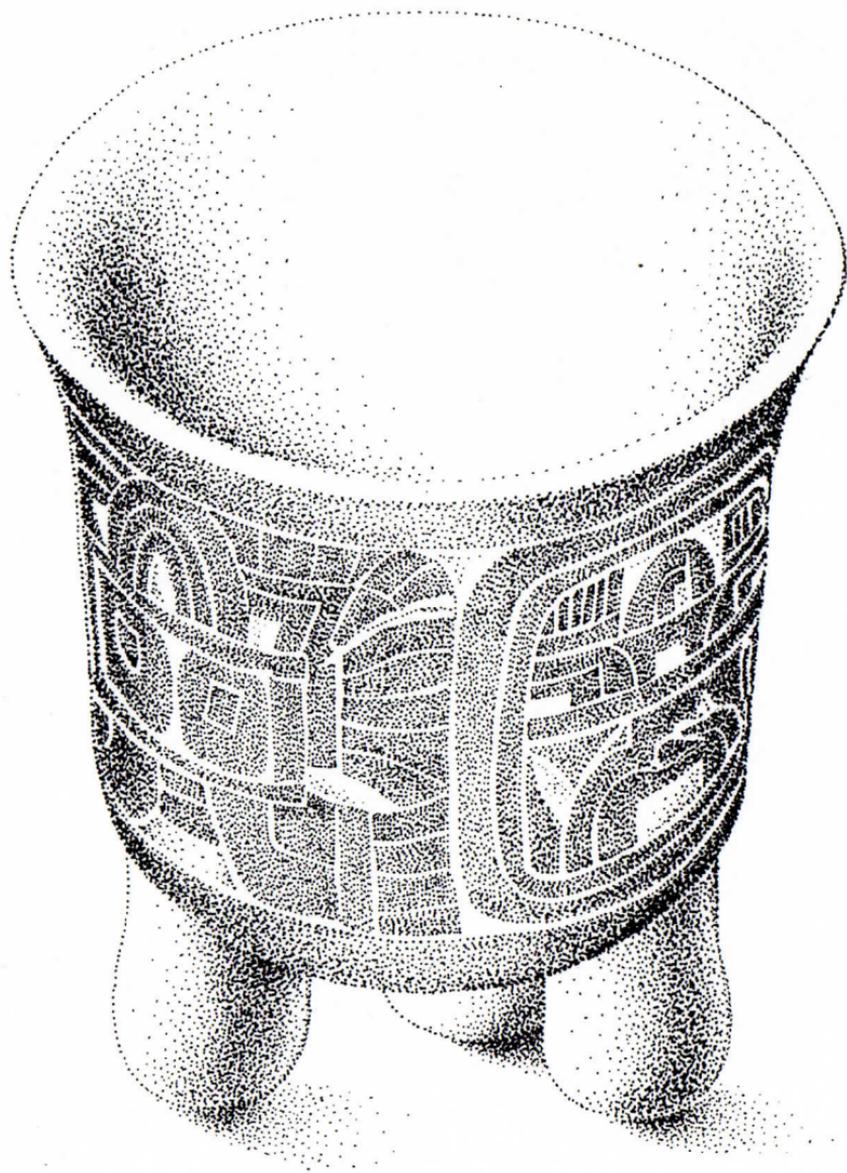


Figura 29. Vaso trípode teotihuacano

Bibliografía

ALTSCHUL, JEFFREY HANNA

1981 *Spatial and Statistical Evidence for Social Groupings at Teotihuacan, Mexico*, Ph. D. Dissertation, Ann Arbor, Brandeis University, University Microfilms International.

1987 "Social Districts of Teotihuacan", en: E. McClung de Tapia y E. Childs (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, pp. 191-217, México.

ANGULO VILLASEÑOR, JORGE

1964 "Teotihuacan. Un autorretrato cultural", tesis de maestría, ENAH, México.

ANGULO, JORGE

1985 "Observaciones sobre el Templo de la Agricultura en Teotihuacan", en: *Homenaje a Román Piña Chan*, UNAM, IIA (Arqueología, Serie Antropológica, 79), pp. 373-401, México.

BARB., LUIS, BEATRIZ LUDLOW, LINDA MANZANILLA y RAÚL VALADEZ

1987 "La vida doméstica en Teotihuacan. Un estudio interdisciplinario", en: *Ciencia y desarrollo* (México D. F.), vol. 77, año XIII, CONACYT, pp. 21-32.

BENNETT, WENDELL C.

1934a "Excavations at Tiahuanaco", en: *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* (s.l.), pp. 359-494.

1934b "Excavations at Tiahuanaco", en: *American Museum of Natural History Anthropological Papers* (s.l.), XXXIV, parte III.

1963 "The Archeology of the Central Andes", en: J. H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians* (Nueva York, E. U.), vol. 2, Cooper Square Publishers Inc., pp. 61-147.

BERMANN, MARC PAUL

1990 *Prehispanic Household and Empire at Lukurmata, Bolivia*, Ph. D. Dissertation, Ann Arbor, Departamento de Antropología, Universidad de Michigan.

BERNAL, IGNACIO

1965 "Notas preliminares sobre el posible imperio teotihuacano", en: *Estudios de cultura náhuatl* (México D. F.), vol. 5, UNAM, pp. 31-38.

BETANZOS, J. DE

1987 [1551] *Suma y narración de los incas*, transcripción y notas de Ma. del Carmen Martín Rubio, Gráfica Maluar, Madrid.

BRODA, JOHANNA

1976 "Los estamentos en el ceremonial mexicana", en: P. Carrasco et al. (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, SEP-INAH, pp. 37-66, México.

BROWMAN, DAVID L.

1978 "Toward the Development of the Tiahuanaco (Tiwanaku) State", en: D. L. Browman (ed.), *Advances in Andean Archaeology*, Mouton Publishers, pp. 327-49, La Haya.

1981 "New Light on Andean Tiwanaku", en: *American Scientist* (New Haven, E. U.), vol. 69, núm. 4, pp. 408-419.

CARRASCO, PEDRO

1982 "1. La economía del México prehispánico", en: P. Carrasco y J. Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, pp. 13-76, México.

1983 "IV. Some Theoretical Considerations about the Role of the Market in Ancient Mexico", en: O. Sutti (ed.), *Economic Anthropology. Topics and Theories*, Society for Economic Anthropology (Monographs in Economic Anthropology, 1), pp. 67-82, Lanham, Nueva York.

CIEZA DE LEÓN, P. DE

1962 *La Crónica del Perú*, Espasa-Calpe, Madrid.

COBO, BERNABÉ

1961 *Historia del Nuevo Mundo-History of the New World*, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, núm. 4, Sevilla.

1979 [1653] *History of the Inca Empire*, University of Texas Press, Austin.

COWGILL, GEORGE L.

1987 "Métodos para el estudio de relaciones espaciales en los datos de la superficie de Teotihuacan", en: E. McClung de Tapia y E. Childs (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, pp. 161-189, México.

DILLEHAY, TOM D. y LAUTARO NÚÑEZ A.

1988 "Camelids, Caravans, and Complex Societies in the South-Central Andes", en: N. J. Saunders y O. de Montmollin (eds.), *Recent Studies in Precolumbian Archaeology, part II, British Archaeological Reports* (BAR International Series, 421-II), pp. 603-634, Oxford.

EARLE, TIMOTHY K. y TERRENCE N. DALTRY

1982 "12. Storage Facilities and State Finance in the Upper Mantaro Valley, Peru", en: J. E. Erickson y T. K. Earle (eds.), *Contexts for Prehistoric Exchange*, Academic Press, pp. 265-290, Nueva York.

- ERICKSON, CLARK L.
 1987 "The Dating of Raised-Field Agriculture in the Lake Titicaca Basin, Peru", en: W. M. Denevan, K. Mathewson y G. Knapp (eds.), *Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region, British Archaeological Reports*, (BAR International Series, 359-II), pp. 373-384, Oxford.
- 1988 "Raised Field Agriculture in the Lake Titicaca Basin. Putting Ancient Agriculture Back to Work", en: *Expedition* (s.l.), vol. 30, núm. 3, pp. 8-16.
- ESPINOSA, GUILLERMO y LINDA MANZANILLA
 1985 "Consideraciones en torno a la capacidad de los cuencos troncocónicos de Arslantepé, Turquía Oriental (Periodo VIA, Bronce Antiguo I)", en: *Quaderni de 'La Ricerca Scientifica* (Roma, Italia), núm. 112, pp. 64-85, Roma.
- FLANNERY, KENT F. y MICHAEL D. COE
 1972 "Social and Economic Systems in Formative Mesoamerica", en: S. R. Binford y L. R. Binford (eds.), *New Perspectives in Archeology*, Aldine Publishing Co., pp. 267-283, Chicago.
- FRANKFORT, HENRY
 1951 "The Last Predynastic Period in Babylonia", en: *The Cambridge Ancient History* (Cambridge, Inglaterra), vol. I, núm. 2, Cambridge University Press, pp. 71-92.
- FRIED, MORTON H.
 1974 "On the Evolution of Social Stratification and the State", en: C. C. Lamberg-Karlovsky y J. A. Sabloff (eds.), *The Rise and Fall of Civilizations. Modern Archaeological Approaches to Ancient Cultures*, Cummings Publishing Co., pp. 26-40, Menlo Park.
- GAMIO, MANUEL
 1922 *La población del Valle de Teotihuacan*, Secretaría de Agricultura y Fomento, México.
- GARCÍA COOK, ÁNGEL
 1981 "The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of the Central Highlands", en: J. A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians Archaeology* (Austin, Texas), vol. I, University of Texas Press, pp. 244-276.
- GOLDSTEIN, PAUL
 1990 "La ocupación Tiwanaku de Moquegua", en: *Gaceta Arqueológica Andina* (Lima, Perú), vol. V, núms. 18-19, pp. 75-104.
- GONZÁLEZ QUINTERO, LAURO y JESÚS EVARISTO SÁNCHEZ
 1991 "Sobre la existencia de chinampas y el manejo del recurso agrícola-hidráulico", en: R. Cabrera Castro, I. Rodríguez

García y N. Morelos García (coords.), *Teotihuacan 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, INAH (Colección Científica, 227), pp. 345-375, México.

HIRTH, KENNETH G.

1978 "Teotihuacan Regional Population Administration in Eastern Morelos", en: *World Archaeology* (s.l.), vol. 9, núm. 3, febrero, pp. 320-333.

HOLE, FRANK

1974 "Investigating the Origins of Mesopotamian Civilization", en: C. C. Lamberg-Karlovsky y J. A. Sabloff (eds.), *The Rise and Fall of Civilizations. Modern Archaeological Approaches to Ancient Cultures*, Cummings Publishing Co., pp. 269-281, Menlo Park.

HYSLOP, JOHN

1990 *Inka Settlement Planning*, University of Texas Press, Austin.

ISELL, WILLIAM H.

1978 "Environmental Perturbations and the Origin of the Andean State", en: C. Redman *et al.* (eds.), *Social Archeology. Beyond Subsistence and Dating*, Academic Press, pp. 303-313, Nueva York.

JULIEN, C. J.

1982 "Inca Decimal Administration in the Lake Titicaca Region", en: G. A. Collier, R. I. Rosaldo y J. D. Wirth (eds.), *The Inca and the Aztec States 1400-1800*, Academic Press, pp. 119-51, Nueva York.

KOLATA, ALAN K.

1986 "The Agricultural Foundations of the Tiwanaku State: a View from the Heartland", en: *American Antiquity* (Washington, E. U.), vol. 51, núm. 4, octubre, pp. 748-762.

KROTZER, PAULA y EVELYN RATRAY

1980 "Manufactura y distribución de tres grupos cerámicos de Teotihuacan", en: *Anales de Antropología* (México D. F.), UNAM-IAA, t. I, pp. 91-104.

LENNSTROM, H., C. HASTORF y M. WRIGHT

1991 "Informe: Tiwanaku Akapana Mound Flotation Samples", informe paleobotánico de las muestras de flotación de la Pirámide de Akapana, s.l.

LINNE, SIGVALD

1942 *Mexican highland cultures. Archaeological researches at Teotihuacan, Calpulalpan and Chalchicomula in 1934-1935*, The Ethnographical Museum of Sweden, Estocolmo.

LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO

1989 "La historia de Teotihuacan", en: *Teotihuacan, El Equilibrista-Citicorp-Citibank*, pp. 13-35, México.

LOWIE, ROBERT H.

1963 "Eastern Brazil: An Introduction", en: J. H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians. The Marginal Tribes* (Nueva York, E. U.), vol. 1, Cooper Square Publishers, Inc., pp. 381-397.

LUMBRERAS, LUIS GUILLERMO

1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*, Moncloa-Campodonico Editores, Lima.

1987 "Childe and the Urban Revolution: the Central Andean Experience", en: L. Manzanilla (ed.), *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions. The V Gordon Childe Colloquium, México 1986, British Archaeological Reports* (BAR International Series, 349), pp. 327-344, Oxford.

MANZANILLA, LINDA

1983a "La redistribución como proceso de centralización de la producción y circulación de bienes. Análisis de dos casos", en: *Boletín de Antropología Americana* (México, D. F.), núm. 7, julio, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 5-18.

1983b "La redistribución y el problema de los indicadores arqueológicos", ponencia presentada en la XVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, 18 de agosto, Taxco, Guerrero.

1985a "Templo y palacio: proposiciones sobre el surgimiento de la sociedad urbana y el Estado", en: *Anales de Antropología* (México, D. F.), vol. XXII, UNAM, IIA, pp. 91-114.

1985b "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades preurbanas del Valle de Teotihuacan", en: J. Monjarás-Ruiz, E. Pérez Rocha y R. Brambila (comps.), *Mesoamérica y el Centro de México*, INAH (Colección Biblioteca del INAH), pp. 133-178, México.

1986 *La constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia. Un proceso en la historia*, UNAM, IIA (Serie Antropológica, 80), México.

1987 "The Beginnings of Urban Society and the Formation of the State: Temple and Palace as Basic Indicators", en: L. Manzanilla (ed.), *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions. The V Gordon Childe Colloquium, Mexico, 1986, British Archaeological Reports* (BAR International Series, 349), pp. 271-286, Oxford.

- 1988 "Los contextos de almacenamiento en los sitios arqueológicos y su estudio", en: *Anales de Antropología* (México, D. F), vol. XXV, UNAM, IIA, pp. 71-87.
- 1992a *Akapana. Una pirámide en el centro del mundo*, UNAM, IIA, México.
- 1992b "The Economic Organization of the Teotihuacan Priesthood: Hypotheses and Considerations", en: J. C. Berlo (ed.), *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, pp. 223-240, Washington.
- s.f. "Corporate groups and domestic activities at Teotihuacan", en: *Latin American Antiquity, Society for American Archaeology* (Washington, E. U.), (en prensa).
- MANZANILLA, LINDA (ed.)
- 1993 *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco*, UNAM, IIA, 2 vol., México.
- MANZANILLA, LINDA y ERIC WOODARD
- 1990 "Restos humanos asociados a la Pirámide de Akapana (Tiwanaku, Bolivia)", en: *Latin American Antiquity* (Washington, E. U.), vol. 1, núm 2, Society for American Archaeology, pp. 133-149.
- MANZANILLA, LINDA y LUIS BARBA
- 1990 "The Study of Activities in Classic Households. Two Case Studies from Coba and Teotihuacan", en: *Ancient Mesoamerica* (Cambridge, Londres), vol. 1, núm. 1, Cambridge University Press, pp. 41-49.
- MANZANILLA, LINDA, LUIS BARBA y MA. RENÉE BAUDOIN
- 1990 "Investigaciones en la pirámide de Akapana, Tiwanaku, Bolivia", en: *Gaceta Arqueológica Andina* (Lima, Perú), vol. v, núm. 20, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, pp. 81-107.
- MATHEWS, JAMES EDWARD
- s.f. "An Overview of Prehistoric Settlement in the Middle Tiwanaku Valley, Bolivia"; en: A. L. Kolata (ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeological and Paleocological Investigations in the Lake Titicaca Basin of Bolivia*, The Smithsonian Institution Press, Washington.
- MATOS MOCTEZUMA, EDUARDO
- 1976 "Proyecto Tula: objetivos y métodos", en: *Proyecto Tula*, INAH (Colección científica, 33), México.
- Mc ADAMS, ROBERT
- 1966 *The Evolution of Urban Society. Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico*, Aldine Publishing Co., Chicago.

McCLUNG DE TAPIA, EMILY

1979 *Plants and Subsistence in the Teotihuacan Valley A. D. 100-750*, Ph. D. Dissertation, Ann Arbor, University Microfilms.

MILLER, ARTHUR G.

1973 *The Mural Painting of Teotihuacan*, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Washington.

MILLON, CLARA

1973 "Painting, Writing, and Polity in Teotihuacan, Mexico", en: *American Antiquity* (Washington, E. U.), vol. 38, núm. 3, pp. 294-314.

MILLON, RENÉ

1967 "Teotihuacan", en: *Scientific American* (s.l.), vol. 216, núm. 6, pp. 38-48.

1968 "Urbanization at Teotihuacan: The Teotihuacan Mapping Project", en: *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* (1966), vol. 1, pp. 105-120, Buenos Aires.

1970 "Teotihuacan: Completion of Map of Giant City in the Valley of Mexico", en: *Science* (s.l.), vol. 170, 4 de diciembre, pp. 1077-1082.

1971 "The Teotihuacan Mapping Project", en: J. A. Graham (ed.), *Ancient Mesoamerica*, Peek Publications, pp. 220-227, Palo Alto.

1988 "The Last Years of Teotihuacan Dominance", en: N. Yoffee y G. L. Cowgill (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, University of Arizona Press, pp. 102-164, Tucson.

MILLON, RENÉ, BRUCE DREWITT y GEORGE L. COWGILL

1973 *Urbanization at Teotihuacan*, vol. 1, *The Teotihuacan Map*, University of Texas Press, Austin.

MOOSER, FEDERICO

1968 "Geología, naturaleza y desarrollo del Valle de Teotihuacan", en: J. L. Lorenzo (ed.), *Materiales para la arqueología de Teotihuacan*, INAH (Serie Investigaciones, 17), pp. 29-37, México.

MORRIS, CRAIG

1978 "The Archaeological Study of Andean Exchange Systems", en: C. L. Redman et al. (eds.), *Social Archeology. Beyond Subsistence and Dating*, Academic Press, pp. 315-327, Nueva York.

MUNERA, CARLOS

1985 "Un taller de cerámica ritual en la Ciudadela", tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, México.

MURRA, JOHN V.

1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

1985a "El Archipiélago Vertical Revisited", en: S. Masuda, I. Shimada y C. Morris (eds.), *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, University of Tokyo Press (Papers from the Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research Symposium, 92), pp. 3-13, Tokio.

1985b "The Limits and Limitations of the Vertical Archipelago in the Andes", en: S. Masuda, I. Shimada y C. Morris (eds.), *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, University of Tokyo Press (Papers from the Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research Symposium, 92), pp. 15-20, Tokio.

NALDA, ENRIQUE

1982 "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en: E. Semo (coord.), *México: un pueblo en la historia*, vol. I, Nueva Imagen-Universidad Autónoma de Puebla, pp. 49-177, México.

NEALE, WALTER

1971 "Reciprocity and Redistribution in the Indian Village: Sequel to Some Notable Discussions", en: K. Polanyi et al. (eds.), *Trade and Market in the Early Empires. Economies in History and Theory*, Gateway Edition, pp. 218-236, Chicago.

OWEN, BRUCE

1992 "Coastal Colonies and the Collapse of Tiwanaku: The Coastal Osmore Valley, Perú", en: *Paper presented at the Society for American Archaeology 57th Annual Meeting*, Pittsburgh.

PALERM, ÁNGEL

1972 "Sistemas de regadío prehispánico en Teotihuacán y en el Pedregal de San Angel", en: A. Palerm y E. Wolf (eds.), *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, SEP (Sepsetentas, 32), pp. 95-108, México.

PASZTORY, ESTHER

1973 "The Gods of Teotihuacan: a Synthetic Approach in Teotihuacan Iconography", en: *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti* (1972), 3-10 de septiembre, vol. I, Tilgher, pp. 147-159, Génova.

PASZTORY, ESTHER

1978 "Artistic Traditions of the Middle Classic Period", en: E. Pasztory (ed.), *Middle Classic Mesoamerica: AD 400-700*, Columbia University Press, pp. 108-142, Nueva York.

PAULSEN, A. C.

1976 "Environment and Empire: Climatic Factors in Prehistoric Andean Culture", en: *World Archaeology* (s.l.), vol. 8, núm. 2, pp. 121-132.

POLANYI, KARL

1976 "La economía como actividad institucionalizada", en: K. Polanyi et al. (eds.), *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Editorial Labor (Monografías Labor Universitaria), pp. 289-315, Bracelona.

PONCE SANGINES, CARLOS

1961 "Informe de Labores", en: *Publicación 1*, Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku, La Paz.

1967 "Importancia de la Cuenca Paceña en el Período Precolombino" en: *Khana* (La Paz, Bolivia), núm. 39.

1970 *Las culturas Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku*, Editorial 'Los Amigos del Libro' (Publicación, 25, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia), La Paz.

1981 *Tiwanaku: Espacio, tiempo y cultura. Ensayo de síntesis arqueológica*, Editorial "Los Amigos del Libro", La Paz.

POSNANSKY, ARTHUR

1945 *Tiahuanacu. The Cradle of American Man*, J. J. Augustin Publisher, Nueva York.

RATTRAY, EVELYN C.

1987 "Los barrios foráneos de Teotihuacan", en: E. McClung de Tapia y E. Childs Rattray (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, pp. 243-273, México.

1988 "Nuevas interpretaciones en torno al Barrio de los Comerciantes", en: *Anales de Antropología* (México, D. F.), XXV, UNAM, IIA, pp. 165-182.

1993 *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan. Monografías Mesoamericanas 1*, Universidad de las Américas-Puebla, Instituto de Estudios Avanzados, México.

REYNA ROBLES, ROSA MA.

1977 "Desarrollo y evolución de la 'unidad habitacional' en una aldea preclásica del Altiplano Central: Loma Torremote como un ejemplo", en: *Los procesos de cambio (en Mesoamérica y áreas circunvecinas)* Guanajuato, México, vol. I, XV Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 377-383.

RÍOS PAREDES, MA. MAGDALENA DE LOS

1991 "Informe de la muestra de radiocarbono procedente de la Pirámide de Akapana, Tiwanaku, Bolivia", INAH, Subdirec-

ción de Servicios Académicos, Laboratorios de Fecha-
miento.

SANDERS, WILLIAM T.

1964 "The Central Mexico Symbiotic Region: A Study in Prehistoric Settlement Patterns", en: G. R. Willey (ed.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Johnson Reprint Co., Viking Fund (Publications in Anthropology, 23), pp. 115-127, Nueva York.

1967 "Life in a Classic Village", en: *Teotihuacan. XI Mesa Redonda* (1966), Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 123-147, México.

1968 "Hydraulic Agriculture, Economic Symbiosis, and the Evolution of the State in Central Mexico", en: B. Meggers (ed.), *Anthropological Archaeology in the Americas*, The Anthropological Society of Washington, pp. 88-107, Brooklyn.

1977 "Resource Utilization and Political Evolution in the Teotihuacan Valley", J. N. Hill (ed.), *Explanation of Prehistoric Change*, University of New Mexico, pp. 231-257, Albuquerque.

SANDERS, WILLIAM, ROBERT SANTLEY y JEFFREY R. PARSONS

1979 *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press (Studies in Archaeology), Nueva York.

SARMIENTO DE GAMBOA, P.

1907 [1572] *History of the Incas*, trad. de Sir Clements Markham, Hakluyt Society Series II, 22, Göteborg.

SEJOURNE, LAURETTE

1966 *Arquitectura y pintura en Teotihuacan*, Siglo XXI, México.

SERVICE, ELMAN R.

1971 *Primitive Social Organization. An Evolutionary Perspective*, Random House (Studies in Anthropology), Nueva York.

1975 *Origins of the State and Civilization. The Process of Cultural Evolution*, W. W. Norton and Co., Nueva York.

SIDRYS, RAYMOND

1977 "Mass-Distance Measures for the Maya Obsidian Trade", en: T. K. Early y J. E. Erickson (eds.), *Exchange Systems in Prehistory*, Academic Press (Studies in Archeology), pp. 91-107, Nueva York.

SLOAD, REBECCA

1987 "The Great Compound: A Forum for Regional Activities", en: E. McClung de Tapia y E. Childs Rattray (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, pp. 219-241, México.

SPENCE, MICHAEL

1966 "Los talleres de obsidiana de Teotihuacan", en: *XI Mesa Redonda: El Valle de Teotihuacan y su entorno*, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 213-218, México.

SPENCE, MICHAEL W.

1987 "The Scale and Structure of Obsidian Production in Teotihuacan", en: E. McClung de Tapia y E. Childs Rattray (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, pp. 429-450, México.

1989 "Excavaciones recientes en Tlailotlacan, el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacan", en: *Arqueología* (México, D. F.), núm. 5, INAH, pp. 81-104.

1992 "A Comparative Analysis of Ethnic Enclaves", ponencia presentada en el 57th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, 8-12 de abril, Pittsburgh.

SQUIER, E.G.

1878 *Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*, Macmillan and Co., Londres.

STANISH, CHARLES

1989 "Tamaño y complejidad de los asentamientos nucleares de Tiwanaku", en: A. L. Kolata (ed.), *La tecnología y organización de la producción agrícola en el Estado de Tiwanaku*, Primer informe preliminar de los resultados del Proyecto Wila Jawira, vol. 2, pp. 41-57, La Paz.

STANISH, CHARLES y EDMUNDO DE LA VEGA M.

s.f. "Tiwanaku Expansion into the Southwestern Titicaca Basin, Peru", en: A. L. Kolata (ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeological and Paleoecological Investigations in the Lake Titicaca Basin of Bolivia*, The Smithsonian Institution Press, Washington (en prensa).

STARBUCK, DAVID

1975 *Man-Animal Relationships in Pre-Columbian Central Mexico*, Ph. D. Dissertation, Yale University, Department of Anthropology, New Haven.

TSCHOPIK JR., HARRY

1963 "The Aymara", en: J. H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians* (Nueva York, E. U.) vol. 2, Cooper Square Publishers, pp. 501-573.

VALADEZ, RAÚL y LINDA MANZANILLA

1988 "Restos faunísticos y áreas de actividad en una unidad habitacional de la antigua ciudad de Teotihuacan", en: *Revista*

SPENCE, MICHAEL

1966 "Los talleres de obsidiana de Teotihuacan", en: *XI Mesa Redonda: El Valle de Teotihuacan y su entorno*, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 213-218, México.

SPENCE, MICHAEL W.

1987 "The Scale and Structure of Obsidian Production in Teotihuacan", en: E. McClung de Tapia y E. Childs Rattray (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis y nuevos problemas*, UNAM, IIA, pp. 429-450, México.

1989 "Excavaciones recientes en Tlailotlacan, el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacan", en: *Arqueología* (México, D. F.), núm. 5, INAH, pp. 81-104.

1992 "A Comparative Analysis of Ethnic Enclaves", ponencia presentada en el 57th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, 8-12 de abril, Pittsburgh.

SQUIER, E.G.

1878 *Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*, Macmillan and Co., Londres.

STANISH, CHARLES

1989 "Tamaño y complejidad de los asentamientos nucleares de Tiwanaku", en: A. L. Kolata (ed.), *La tecnología y organización de la producción agrícola en el Estado de Tiwanaku*, Primer informe preliminar de los resultados del Proyecto Wila Jawira, vol. 2, pp. 41-57, La Paz.

STANISH, CHARLES y EDMUNDO DE LA VEGA M.

s.f. "Tiwanaku Expansion into the Southwestern Titicaca Basin, Peru", en: A. L. Kolata (ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeological and Paleoecological Investigations in the Lake Titicaca Basin of Bolivia*, The Smithsonian Institution Press, Washington (en prensa).

STARBUCK, DAVID

1975 *Man-Animal Relationships in Pre-Columbian Central Mexico*, Ph. D. Dissertation, Yale University, Department of Anthropology, New Haven.

TSCHOPIK JR., HARRY

1963 "The Aymara", en: J. H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians* (Nueva York, E. U.) vol. 2, Cooper Square Publishers, pp. 501-573.

VALADEZ, RAÚL y LINDA MANZANILLA

1988 "Restos faunísticos y áreas de actividad en una unidad habitacional de la antigua ciudad de Teotihuacan", en: *Revista*

Mexicana de Estudios Antropológicos (México D. F.), t. XXXIV, núm. 1, pp. 147-168.

VILLANUEVA, GERARDO

1989 *Reporte de una muestra malacológica de Tiahuanaco, Bolivia*, INAH, Dirección de Salvamento Arqueológico, México.

WALLACE, DWIGHT T.

1980 "Tiwanaku as a Symbolic Empire", en: *Estudios Arqueológicos* (Antofagasta), núm. 5, pp. 133-144.

WILLEY, GORDON R.

1971 *An Introduction to American Archaeology*, vol. II: *South America*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.

WRIGHT, HENRY T.

1969 *The Administration of Rural Production in an Early Mesopotamian Town*, Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology (Anthropological Papers, 38), Michigan.